

## Ediciones ISLA

Casilla N° 4311 — La Paz - Bolivia

### COLECCION NOVELISTAS BOLIVIANOS:

EL TATA LIMACHI por R. Botelho Gosálvez.  
BORRACHERA VERDE por R. Botelho Gosálvez.  
CELESTE por Armando Chirveches (En prensa).  
CRUZ DE ALDEA por Porfirio Díaz Machicao

### COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS:

MELGAREJO Y SU TIEMPO por M. Rigoberto Paredes.  
LA FUNDACION DE BOLIVIA por M. Rigoberto Paredes.  
LA REVOLUCION DEL 16 DE JULIO por Pedro José Yáñez de Montenegro.

### COLECCION BIBLIOGRAFIA:

BOLETIN BIBLIOGRAFICO BOLIVIANO (Circulación periódica) Nos. 1, 2, 3 y 4.

### COLECCION DESTINOS:

- I JOSE ROSENDO GUTIERREZ por M. Rigoberto Paredes.
- II VICENTE PAZOS KANKY por Ismael Sotomayor y Mogrovejo.
- III LA TRAGICA VIDA DE ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO por Antonio Paredes-Candia.
- IV HUALLPARRIMACHI por Lindaura Anzoategui de Campero.
- V FRANZ TAMAYO, EL POETA FILOSOFO por Julio Díaz Arguedas.
- VI ANTONIO AVILA JIMENEZ por Oscar Rivera-Rodas.
- VII LA SOLITARIA VIDA DE GABRIEL RENE-MORENO por Juan Siles Guevara.
- VIII NESTOR GALINDO por Gabriel René-Moreno.
- IX ADELA ZAMUDIO por Alfonsina Paredes.
- X LA VIDA EJEMPLAR DE ANTONIO GONZALEZ BRAVO por Antonio Paredes-Candia.

Lindaura Anzoategui de Campero

HUALLPARRIMACHI

Ediciones ISLA

13 48557  
"Huallparrimachi", biografía novelada del cé-  
lebre guerrillero y exquisito poeta quechua,  
Juan Huallparrimachi, escrita por Lindaura  
Anzoategui de Campero, es el cuarto cuader-  
no de la **Colección Destinos de Ediciones ISLA.**

---



Edición limitada de 500 ejemplares

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO  
(NOVEL)

Primera edición Potosí — 1894  
Segunda edición La Paz — 1967

# HUALLPARRIMACHI

Printed in Bolivia — Impreso en Bolivia

---

LA PAZ - BOLIVIA  
Ediciones ISLA  
1967

## HUALLPARRIMACHI (1)

---

(1) El Sr. Octavio Moscoso en sus estimables "Apuntes Biográficos de los Próceres y Mártires de la guerra de la Independencia del Alto Perú (hoy Bolivia), dice: que "Juan conocido con el nombre de Huallpartimachi, que eligió por "carifio en memoria de uno de sus antepasados, "pertenecía por su madre a la estirpe de los Incas, y a la de los reyes de España por su padre. "El célebre caudillo D. Manuel Asencio Padilla, "tomó a su cargo la suerte de Juan, cuyos dotes "físicos y morales, le granjeaban la simpatía general. Poseía un talento sobresaliente y un corazón tan tiernamente apasionado, que todas sus "poesías, escritas en el idioma de sus abuelos, respiran una dulce melancolía y en veces un dolor "tan intenso, que desgarran el alma". Sentimos no conocer las poesías aludidas.

Según el autor a que nos referimos, Huallparrimachi murió en el hecho de armas del 2 de agosto de 1816; nosotros nos permitimos hacerlo figurar algunos meses después, contando con que nuestros lectores nos perdonarán este inofensivo anacronismo.



## JUANA AZURDUY DE PADILLA

Estamos a mediados del mes de mayo de 1817, época del año en que la bella estación de las flores y de las mieses, parece que vacila en entregar su dorado cetro, al soplo devastador del invierno. El día ostenta toda la galanura de las últimas sonrisas del otoño. La brisa, tibia como una caricia, mece suavemente el espeso follaje del corpulento ceibo, bajo cuya sombra detienen sus pasos un apuesto mancebo de tostado rostro, de

negros e inteligentes ojos y de esbeltas formas, y una arrogante mujer, cuyo severo perfil romano y mirada profunda y avasalladora, imponen la admiración y el respeto. El vestido negro que la cubre, realza la majestad de sus formas y la blancura de su tez, dorada por nuestro esplendoroso sol tropical.

La hermosa mujer decía al mancebo.

—Ya ves que la comisión de que te encargo, valía la pena de que hubiese venido personalmente en busca tuya.

—Te lo repito, Juana: yo habría acudido al Villar en el acto de recibir tu aviso.

—¿Podía contar con tu exactitud conociendo la sensibilidad de tu corazón y los encantos de la preciosa hija de Roncades?

La frente del joven se tiñó de un vivo encarnado; pero su interlocutora, suavizando el sonoro timbre de su voz prosiguió, sin darle tiempo para replicar.

—No te lo reprocho, Juan; pero, no olvides que Blanca es hija del mejor amigo, del más cruel y activo cómplice de Aguilera.

—¡Oh!, dijo vivamente el joven, si lo fue en hora menguada para él, la severa lección que ha recibido de los nuestros, lo volverá a la buena causa a que perteneció antes.

—No, no lo dudo, le interrumpió vivamente Juana. Y por lo que toca a La Madrid ¿sería tan insensato que rechazase las fuerzas, los recursos y la gloria que le ofrecemos? El compromiso que le llevas, firmado por mí y por los otros Jefes, le probará la buena fe de nuestras proposiciones y el sincero deseo de colocarlo a la cabeza de nuestras divididas tropas. Su presencia hará cesar las rivalidades que existen, por desgracia, entre nuestros caudillos, y levantará el decaído espíritu de los patriotas; así unidos, terminaremos de una vez con las salvajes depredaciones de Aguilera, y dueños de estas espléndidas regiones, con fuerzas y recursos suficientes, podremos pensar, con la seguridad del triunfo, en adueñarnos de las importantes plazas de Potosí y Chuquisaca.

—Y vengar dignamente a tu esposo, a mi querido protector, al ilustre Padilla, exclamó con generoso ardimiento el joven.

—¿Vengarlo?, contestó la heroica viuda del mártir. ¡No! la venganza es una pasión ruin y baja; que el móvil de nuestras acciones sea solo el amor a este hermoso suelo, para poderlo ofrecer algún día libre y feliz a nuestros hijos. ¡Dichosos los que, siguiendo el noble ejemplo de mi esposo, riegan con su sangre

generosa este suelo bendito, en demanda de libertad y gloria.

Y los azules y avasalladores ojos de la heroína, se humedecieron a impulsos de su santo entusiasmo.

—Te admiro y te venero, hermana mía, murmuró el mancebo, profundamente conmovido.

Después de un breve instante de silencio, repuso Juana con el acento irresistible con que señalaba el camino de la victoria o el de la muerte, a miles de hombres que la seguían electrizados.

—Marcha, pues, a cumplir con resolución y entera fe, la importante misión de que te encargo, y procura que el éxito corresponda a mi confianza.

—Te juro no volver sin La Madrid, dijo el joven.

—Gracias, hijo mío. Me dice el corazón que cumplirás tu juramento.

Y extendiéndole los brazos, añadió con maternal ternura.

—Abrázame, Juan, y digámonos hasta muy pronto. Dios te proteja, hijo mío, y te bendiga como te bendigo yo, con toda mi alma.

Huallparimachi recibió con filial respeto, aquella cariñosa demostración; y Juana Azurduy de Padilla cuyo nombre basta para inmortalizar su patria, se

alejó de aquel sitio con el paso tranquilo y lleno de dignidad que la caracterizaba.

El diálogo anterior tuvo lugar, como lo dijimos, al pie de un soberbio ceibo que se alzaba solitario a orillas del rápido y abundoso riachuelo de Orkas, en las cercanías del modesto pueblo de Sopachui, cuyo nombre debía figurar en breve en la heroica lucha de nuestra Independencia.

II

BLANCA

Cuando Juan hubo perdido de vista a su ilustre interlocutora, se envolvió en el finísimo poncho de vicuña que abrigaba y dibujaba al mismo tiempo sus esbeltas formas, y tomó con paso rápido la senda que orillaba el río, abierta entre el dorado pasto de los campos, matizados aun con las últimas flores de la estación.

Después de veinte minutos de marcha, llegó a la vista de una cabaña colo-



cada ventajosamente en la falda de una colina. Un hermoso tarco, que lucía entre su verde follaje una que otra de sus moradas y fragantes flores, le prestaba deliciosa sombra. Juan se detuvo al apercebir en el pequeño corredor de aquella humilde casa el blanco vestido de una mujer, absorta en la contemplación del eterno verdor de los bosques, que parecen empeñados en cubrir, con incansable solitud, las profundas quiebras de aquellas elevadas montañas. El joven avanzó sin ruido.

—¡Blanca!, murmuró dulcemente.

La rubia y delicada niña se volvió con un ligero estremecimiento.

—¡Juan!, exclamó, brillando en sus azules ojos un rayo de alegría. Casi he tenido miedo... No te esperaba aún.

El mancebo estrechó contra su agitado corazón las pequeñas manos que se le abandonaban.

—He anticipado la hora, amada mía, contestó con acento bajo y apasionado, porque necesito conocer hoy mismo la voluntad de tu padre sobre mi destino.

—No te comprendo, murmuró Blanca, palideciendo.

—¿No sufres como yo con la incertidumbre de nuestra situación? ¿Podemos permanecer por más tiempo disimulando este amor que nos abrasa el alma?

—¿Disimulando? ¡Oh! no: a mi me hubiera sido imposible... Estoy cierta de que mi padre lo ha comprendido, y jamás me ha dado a entender que lo desaprobaba.

—¿Y su silencio basta para satisfacer, amada mía? ¿No has olvidado lo ceremonioso y reservado que se muestra conmigo?

La amistad no brota como el amor, Juan, del cambio de una sola mirada... —Hace tan poco tiempo que mi padre te conoce! ¿por qué no esperar a que te conozca mejor y te estime como lo mereces?

—¡Esperar aún!, dijo Juan tristemente. ¿Podemos contar con el tiempo, por ventura? ¿No sería posible que, de un instante al otro, resolviese tu padre su regreso? ¿qué pretexto habría ya que disculpase mi permanencia cerca de ti?

—Es verdad, murmuró Blanca con angustia.

—¿Comprendes ahora mi resolución de hablar hoy mismo a D. Remigio?

—No lo hagas en este momento, repuso vivamente la joven.

—Y ¿por qué, Blanca mía?

—Si te lo digo, vas a burlarte de mis aprensiones, Juan.

—No: te lo juro. Nuestra situación es tal, que no debemos desdeñar el más pequeño incidente.

—Escucha, pues, dijo la joven en voz baja y precipitada. Hace más de una hora que mi padre se ha encerrado en su habitación con aquel hombre de que te he hablado alguna vez.

—¿Y qué te inspira temor, medrocilla.

—¡Si tú lo conocieses, Juan!... Un día llegó en compañía de mi padre, nunca he sabido de donde... Taciturno y sombrío, lo seguía desde entonces como su sombra... Se quedó en Tarbita cuando nos vimos obligados a venir aquí... De eso, ¿lo recuerdas?, hace un mes...

—¿Puedo olvidarlo, Blanca?... ¿He sido tan dichoso durante este corto tiempo!

—Esta es la tercera vez que busca a mi padre aquí... Debe ser portador de malas nuevas, te lo aseguro, Juan, porque mi padre queda preocupado y displicente después de sus entrevistas con ese hombre.

—Sea de ello lo que fuere, ¿cómo podrían influir esos asuntos sobre la resolución de tu padre respecto a nuestra suerte?

—Deja que pase la perniciosa influencia de ese hombre. Mi padre no tardará en calmarse, y mañana... murmuró la niña, ruborizándose vivamente.

—¡Mañana será tarde!, interrumpió Juan con tristeza. Mañana estaré lejos de tí.

Blanca lanzó un grito.

—¿Abandonarme?, exclamó, a punto de desfallecer.

Al grito de la joven, se entreabrió la puerta del cuarto situado a uno de los extremos del corredor, y asomó por ella la cabeza de un hombre.

¿Qué sucede, Blanca?, preguntó sobresaltado.

—Juan habla de abandonarnos, padre mío, contestó la joven, sin disimular su desconsuelo.

D. Remigio salió vivamente al corredor, cerrando previamente la puerta.

—¿Abandonarnos?, exclamó, clavando en el mancebo una mirada que hacía parecer siniestra el color indeciso y claro de sus pupilas. ¿Desde cuándo lo proyecta U., D. Juan? Ayer no nos dijo U. una palabra al respecto.

—Es verdad, contestó el joven con visible embarazo, pues la sombra misma del disimulo, repugnaba a su leal naturaleza. Pero juzgo que mi presencia aquí se hace ya innecesaria.

—Comprendo el deseo de U. de volver al lado de Doña Juana, repuso Roncades.

Juan se contentó con hacer un ligero movimiento de cabeza.

—¿Y se marcha U. muy pronto?, insistió D. Remigio.

A esta pregunta neta y directa, dijo resueltamente el mancebo.

—¿Querría U. concederme un momento de entrevista, Sr. Ronsardes?

—De mil amores; y si desea U. hablarme a solas...

—Al contrario: ruego a U. que la Señorita Blanca nos honre con su presencia.

Un relámpago de sombrío contento, alumbró las claras y frías pupilas de D. Remigio; mientras sus delgados y descoloridos labios sonreían bondadosamente al señalar a Juan que pasase a la habitación que servía de sala y de comedor en la modesta cabaña. Indicó al joven una silla, y él y Blanca tomaron asiento en un tosco banco.

—Me tiene U. a su disposición, dijo al mancebo.

Juan profundamente emocionado y con voz trémula y baja contestó.

—Gracias por su condescendencia, Sr. Ronsardes; crea U. que al solicitarle esta entrevista, no he olvidado que nuestras relaciones son de época muy reciente.

—Hay relaciones... mi joven amigo, repuso D. Remigio con alentadora amabilidad. La que me liga con U. tiene profundas raíces en mi gratitud; porque a mi vez me precio de tener buena memoria, y los señalados servicios.

—¡Oh!, interrumpió vivamente Juan, no los recuerde U., caballero, en este momento sobre todo, en que yo vengo a pedirle de rodillas la felicidad de mi vida... Quiero deberla tan solo a la bondad de su corazón, no como un premio... Amo a la hija de U., la amo desde el primer instante en que tuve la dicha de conocerla... y de este mi profundo amor, jamás he hecho un misterio, como no lo hago de la sangre que corre por mis venas.

—Sangre real, sangre de los legítimos soberanos de este dilatado Imperio, dijo gravemente Ronsardes.

Blanca se estremeció. La ironía que, en boca de su padre, encerraban esas palabras, oprimió el corazón de la delicada niña, mientras el mancebo, presa de sus apasionados sentimientos, prosiguió con vehemencia.

—U. ha podido, pues, leer en mi corazón como en un libro abierto, y la tácita aprobación que ha dado a mi amor, me alienta a declarárselo oficialmente.

Y poniéndose de pie en actitud respetuosa.

—Sr. Ronsardes, dijo: tengo el honor de pedir a U. la mano de su hija, la Señorita Blanca.

Dn. Remigio comprimó con fuerza sus delgados labios, y con una mirada de

odio implacable, bañó la varonil e inclinada cabeza de Juan; pero todo ésto con tal rapidez, que ni Blanca pudo notarlo.

—¡Petición bien extraña, contestó con pausado acento, cuando acaba U. de notificarnos su ausencia!

—Pero es por eso mismo, repuso Juan con vehemencia, que quiero obtener la promesa de mi dicha.

—¿Y ligar imprudentemente el destino de mi hija al suyo, en el momento en que quizá compromete U. su vida en una nueva arriesgada empresa?, objetó Ronsardes, clavando sus aceradas pupilas en el franco y expresivo rostro del mancebo.

—Esa suposición carece de fundamento, replicó Juan, con una ligera vacilación que no escapó a D. Remigio.

—Quiero creerlo, respetando el secreto de que rodea U. el objeto de su marcha; pero, a mi vez, me asiste el derecho de exigir a U. su palabra de honor de que ese imprevisto viaje no obedece a ningún plan que pueda comprometer ni su libertad ni su vida.

Juan vaciló de nuevo, presa de una dolorosa agitación. Su naturaleza franca y leal se revelaba abiertamente ante la idea de apelar a un subterfugio para adormecer la confianza del padre de su amada, y arrancarle así un compromiso del

que, sin embargo, dependía toda su felicidad.

—Esa promesa sería insensata, dijo por fin con resolución. ¿Quién puede responder, en los momentos actuales, ni de su independencia ni de su vida?

—¿Lo ve U.?, contestó Ronsardes, encogiéndose fríamente de hombros. A pesar de todo, no quiero sentar plaza ni de ingrato ni de precipitado. Concédame U. unas horas, sólo unas horas de reflexión, y mañana...

—¡Imposible!, exclamó Juan impetuosamente. Ahora o nunca.

—¡Ah!, dijo secamente Ronsardes; si llevamos tan serio asunto a paso de carga, comprenda U. D. Juan que mis deberes de padre no permiten que comprometa así, a la ligera, el porvenir de mi hija. Supongo que hemos terminado tan enojosa y estéril entrevista.

Y D. Remigio se puso de pie con inflexible resolución.

La pobre Blanca había escuchado en silencio el modo como se disponía de su corazón y de su porvenir sin tener en cuenta para nada su voluntad; pero las últimas palabras de su padre la estremecieron, sacándola de su sumisa e inerte obediencia. Se incorporó vivamente, y extendiendo a Juan sus pequeñas y blancas manos, le dijo con firmeza.



—Sabes que eres mi primer amor, y ahora te juro que serás el último.

—¡Insensata!, gritó Ronsardes, lanzándose a ella para imponerle silencio.

Te amo, Juan... ¡Adiós!, murmuró Blanca, cayendo desvanecida sobre su asiento.

—¡Eal, concluyamos de una vez esta escena ridícula, exclamó fuera de sí D. Remigio. ¿No oye U. que se le despide?

Juan, sin escucharlo, se había arrojado a los pies de Blanca, y llevando a sus labios la orla de su vestido, murmuró con infinito amor.

—Yo no te digo ¡adiós!... Tengo tu promesa y volveré a reclamarla.

Y sin dirigir ya una sola mirada a Ronsardes, se lanzó fuera de la habitación.

### III

## EL ESPIA

Cuando las indecisas sombras de la noche empezaban a luchar con la última claridad del día, D. Remigio salió sin ruido del cuarto de Blanca que recostada sobre su lecho, gozaba de un sueño reparador, después de la larga crisis que había seguido a su desmayo.

En uno de los extremos del corredor, en la puerta de la habitación de Ronsardes, se hallaba agazapado un indio, con la cabeza sepultada entre sus rodillas y completamente inmóvil.

—Leoncio, llamó en voz baja D. Remigio.

—Te esperaba, contestó el interpelado en su expresivo idioma.

—Entra, repuso Ronsardes abriendo la puerta del cuarto: tenemos que tratar de un asunto muy serio.

Una vez en la habitación, cerró cuidadosamente la puerta D. Remigio, y encendió la vela que se hallaba sobre una mesa. La luz dió de lleno en el rostro grave y frío de Leoncio.

Las noticias que me has traído hoy, no pueden ser mejores, dijo Ronsardes, sin alzar la voz. Así, pues, los nuestros están prevenidos y sólo esperan una ocasión para lanzarse y acabar con los malditos rebeldes. Esa ocasión, Leoncio, es la que necesitamos buscar, y yo creo que no tardaremos en encontrarla.

—Te escucho, contestó lacónicamente el indio.

—Cuando me avisaste que, a tu paso por Sopachui, habías visto con Cueto a la endemoniada viuda de Padilla, no pude calcular el motivo que la hubiese sacado de su guarida del Villar; ahora lo sé, Leoncio. Ha venido en busca del hijo adoptivo de su esposo para encargarle la ejecución de algún plan importante.

—¿Aquí?

—No: D. Juan se pone en marcha.

—¿Dónde, pues?

—Eso es lo que tú tienes que averiguar, siguiéndolo sin perderle paso. ¿Te conoce?

—No, no lo creo.

—De todos modos, debe ignorar sin duda que militas desde hace poco tiempo en la sagrada causa del Rey: te será fácil ganar su confianza.

Leoncio miró fijamente a D. Remigio.

—¿Tentar contra la vida de Huallparimachi?, le dijo. ¡Desgraciado del que lo intentel!

—¿Quién habla de amenazar su vida?, repuso Ronsardes con impaciencia; al contrario, necesitamos que viva D. Juan, porque si muriese ¿cómo podríamos saber los planes de los insurgentes?

—¿Debo marchar en el acto?, preguntó el indio.

—Sí: en cuanto concluyamos, porque temo que D. Juan se ponga en marcha al amanecer.

—¿Qué esperas, pues?

—Saber de qué medios te valdrás para darme avisos, si es que tú no puedes venir personalmente.

—En todas direcciones hay hermanos que, como yo, tienen que vengar ultrajes: ellos se prestarán a traerte esos avisos.

—¿Y cómo reconoceré a los mensajeros?

—Los que yo te envíe, te dirán una palabra.

—¿Cuál?

—¡Ricchari! (1)

—Bien. Toma esta bolsa que contiene cincuenta pesos fuertes; si te parece poco, dímelo.

D. Remigio sacó del cajón de la mesa una carta que alcanzó al indio diciéndole.

—Guarda cuidadosamente este papel: lo escribí esta tarde. Es una recomendación en favor tuyo para que los realistas puedan fiarse de tí y prestarte su apoyo, en caso necesario.

Leoncio lo colocó en su seno.

—¿Te queda algo más que prevenirme?, preguntó a Ronsardes.

—Sí. Advierte a tus mensajeros que no me busquen aquí en casa: la prudencia no daña nunca. La hondonada que te mostré hoy, será el lugar en que los espere.

—Descuida: se cumplirá tu deseo. Estoy despachado, ¿no es verdad?

D. Remigio, sin contestar de pronto clavó en Leoncio su mirada fría y dura como una punta de acero.

—Confío, le dijo, en que no se ha enfriado en tu corazón el santo y legiti-

(1) ¡Despierta!

mo deseo de venganza que ahora tres meses lo abrasaba, cuando te encontré sólo, desesperado y miserable sobre las humeantes ruinas de tu cabaña, entre cuyos escombros habías encontrado el cadáver de tu esposa.

—¿Por qué me lo recuerdas ahora, murmuró el indio con voz sorda y estremeciéndose violentamente.

—Entonces podía yo favorecerte, prosiguió Ronsardes con implacable calma, y no vacilé en ponerte bajo mi protección, olvidando que acababas de servir de emisario a los enemigos del Rey nuestro amo...

—Dí del tuyo, del amo de los blancos, interrumpió Leoncio con violencia.

—Amigo del leal y valiente Aguileira, continuó D. Remigio siguiendo el curso de sus pensamientos y sin prestar atención a las palabras del indio, era yo fuerte y poderoso con su protección. No podía sospechar que había de llegar día en que me hiciesen víctima de su feroz encono los enemigos de toda autoridad, de toda ley. ¡Oh! yo haré que paguen muy caro los infortunios que me han causado.

—¿Tus infortunios?, dijo Leoncio con desprecio. ¡La miserable pérdida de un año de tus cosechas!... Y yo... yo que confiado en la promesa de los que llama-

ba míos, marché en su servicio, dejando confiadas a su vigilancia, hogar, esposa, hija...

Un ronco sollozo ahogó su última frase.

—¡Pobre desventurado! dijo Ronsardes con tono de profunda conmiseración. Así te encontré sobre esa solitaria ruta, postrado por la desesperación. Te di fuerzas, mostrándote que te quedaba libre el camino de la venganza.

—Si, repuso Leoncio con sombría amargura; tú fuiste el primer ser humano que se presentó a mi vista en esas regiones desoladas por las pasiones de los hombres; me hiciste concebir la esperanza de que podría rescatar a mi hija de manos de sus raptos, vengarla y vengar la muerte de mi esposa; y no dudé en abandonarlo todo desde aquel momento, y seguirte y obedecerte con la sumisión del esclavo y la lealtad del perro.

—No tengo sino motivos de elogio para tí, mi buen Leoncio, y tus servicios serán debidamente conocidos y recompensados por el Rey nuestro Señor.

Leoncio guardó desdeñoso silencio, mientras la incisiva mirada de D. Remigio, estudiaba ansiosamente sus impresiones. Pasándose la mano por su pálida frente, exclamó el indio, con reconcentrada cólera.

—¿Qué razón ha podido moverte para atormentarme así, renovándome el recuerdo de mis desgracias?

Una sonrisa de satisfacción cruel, contrajo los pálidos labios de Ronsardes.

—Voy a explicarme, contestó, y lo comprenderás. En circunstancias en que vamos a necesitar de todo nuestro valor, de toda nuestra energía, ¿no es prudente remover el puñal que nos lastima el corazón, para que ese nuevo dolor agujonee el odio y ahogue la voz de la misericordia? Vas a pasar por una dura prueba entrando quizá en relaciones con los que antes llamabas tuyos, y de todos modos, tu ciego cariño por Huallparimachi...

—No mezcles su nombre en nuestros proyectos de sangre, interrumpió sombríamente Leoncio.

—Hemos terminado, pues, repuso D. Remigio y no te detengo. ¡El Cielo vele por la sagrada causa del Rey, y dé feliz término a la empresa que te confío!

—¡Ricchariy!, dijo Leoncio, y dejó solo a D. Remigio.



## PADRE E HIJA

Ronsardes se dirigió en seguida a la habitación de Blanca, y con un signo imperioso despidió a la mujer que la acompañaba.

La joven había abandonado su lecho, y sentada, con los codos apoyados sobre una mesa y su rostro oculto entre sus pequeñas manos, sintió un doloroso estremecimiento a la aproximación de su padre.

—¿Por qué estás aun en pie?, le dijo éste.

—Esperaba a U., padre mío, contestó Blanca, alzando su rubia y encantadora cabeza.

—¿Me esperabas?... Y ¿con qué objeto?

—Necesito hablar con U., balbuceó la joven.

—¿Qué tienes, pues, que decirme?, preguntó D. Remigio, sentándose frente a su hija.

Blanca lo miró con sorpresa.

—¿Ha podido U. olvidar la escena de hoy?, dijo, confusa y ruborizada.

—¡Ah! ¿piensas todavía en las ridículas pretensiones del Inca?, contestó sardónicamente D. Remigio: yo las tenía olvidadas.

—Pero, esas pretensiones no podían ocultársele a U., padre mío, y su condescendencia las autorizaba. ¿Es culpa nuestra si interpretamos favorablemente su silencio?

—¿Qué sabes tú, criatura? ¿Puede tu ignorancia y tu inexperiencia comprender el alcance de las acciones humanas? Si he soportado ¿lo entiendes?, nada más que soportado el atrevido amor del indio, es porque así convenía a mi situación y a mis proyectos. Convenía retenerlo a nues-

tro lado como la mejor prueba de la amistad y a la protección de Doña Juana, para que, en adelante me dejaran vivir tranquilo los malditos rebeldes; y convenía, prosiguió Ronsardes con acento de implacable encono, que uno de ellos, uno de los más populares, el niño mimado de la más activa y poderosa enemiga de nuestra causa, recibiese de mi venganza un golpe de muerte en el corazón.

—¡Padrel, exclamó Blanca, trastornada ante estas brutales declaraciones, ese golpe lo ha recibido el mío... la herida durará mientras yo viva.

—¡Necial dijo Ronsardes con desdén. Cuando solo se cuentan 18 años, no hay sentimiento eterno.

—El juramento que hice a Juan, da fe de mi constancia, repuso Blanca con firmeza, y lo cumpliré.

D. Remigio miró a su hija sorprendido de hallar, en aquella criatura, resistencia a su voluntad absoluta; pero, dominando la cólera contestó a la joven con una calma más vengadora que el estallido de la indignación.

—Escúchame, Blanca. Quiero por esta vez, que será la primera y última de mi vida, abdicar de mi dignidad y de mis derechos de padre, entrando en explicaciones contigo, que des absoluta y ciega

obediencia a mis órdenes. Ten entendido que mi indisculpable condescendencia, significa para tí el completo olvido de ese amor que te envilece ante tí misma y te llevaría a hacer odiosa a mis ojos. No quiero ¿lo entiendes, Blanca?, no quiero que mi sangre española se mezcle con la degradada sangre de un esclavo; no quiero que la mano de mi hija sea el premio de un rebelde maldecido; no quiero, en fin, que tu corazón pertenezca al que defiende la causa de los que me han obligado a huir de mi casa, a abandonar el cuidado de mis intereses y a buscar este miserable asilo, como una fiera perseguida y acosada por los perros: no, mil veces no: antes preferiría verte sepultada al lado de tu madre.

—Oh!, dijo la rubia niña, dejando correr las lágrimas que llenaban sus ojos desde el principio de esta violenta entrevista, si ella hubiese vivido, ¡cuán distinta habría sido nuestra suerte! ¡Noble y bondadosa madre mía! ¡con qué dulce empeño borraba los resentimientos nacidos al calor de las pasiones de partido! Su benéfica influencia era bastante poderosa para rodear a U. del respeto de todos y calmar los arrebatos a que, por desgracia, era arrastrado U., padre mío, en esa ardiente lucha política. Ella habría

mantenido a U. en las heroicas filas patriotas, y no hubiera llegado la ocasión de oír acusar a U., como yo lo he oído, padre mío, de amigo de Aguilera y... ¡cómplice de sus crueldades! ¡Ah!, padre mío, padre mío, exclamó Blanca, juntando las manos y elevando sus azules ojos hacia D. Remigio, con una mirada de conmovedora súplica, los errores son mutuos y todos necesitamos de tolerancia y de clemencia.

Ronsardes con los ojos dilatados, los labios entreabiertos y el cuello extendido, parecía que escuchaba sin poder comprender las palabras de la joven. El estupor embargó por un momento el libre desahogo de su sorda indignación, pero la explosión llegó violenta y terrible. De pie ante la aterrada niña, lívido y convulso, murmuró sordamente.

—¡Ella acusando a su padre!... ¡dando la razón a mis enemigos!... ¡defendiendo a mis verdugos... simpatizando con ellos!...

Y extendiendo un brazo sobre la cabeza de Blanca.

—Hija desnaturalizada, exclamó con voz silbante, yo te mal...

—¡Perdón!, gritó Blanca, cayendo de rodillas y abrazándose de Ronsardes, loca de terror.

—¡Basta!, dijo, desprendiéndose brutalmente de los brazos de la joven y recobrando su fría e inflexible calma. Duerme en paz: yo velo por tí. En adelante, toca a tu sumisión, a tu ciega obediencia borrar las graves faltas que acabas de cometer contra el Cielo y contra tu padre.

Blanca vió alejarse a D. Remigio, pero no tuvo fuerzas para abandonar la humilde postura en que la dejaba, ni vencer la profunda postración física y moral que la oprimía.

—¡Oh!, murmuró con un desaliento infinito, siento que nunca podré arrancar este amor que tan hondas raíces ha echado en mi alma... Hija sumisa, no desobedeceré a mi padre... no seré de Juan, pero jamás me llamaré esposa de otro hombre.

## EN RUTA

De los varios caminos que de Sopachui conducen a Chuquisaca, todos tienen la misma monotonía abrumadora: altas, desnudas y escarpadas montañas, profundas, estériles y pedregosas quiebras que atravesar, haciéndose más sensible a cada momento, la rarefacción del aire y el frío de las regiones que se atraviesan, después de abandonar el suave y benigno clima de Sopachui.

Juan conocía perfectamente los menores repliegues de la ruta que había elegido para su marcha; y como no ignoraba que una fuerte división realista ocupaba Tarabuco, pueblo donde convergen los caminos que vienen de la frontera, no se vió absolutamente embarazado en tomar senderos extraviados, evitando de este modo el encuentro de alguna de las partidas destacadas, en observación, sobre las rutas principales. Habría preferido, como lo dijimos, marchar a pie, lo que le permitía salvar con facilidad los desfiladeros más estrechos y los barrancos más peligrosos.

Avanzaba la tarde del segundo día, de su salida de Sopachui; el viento de esas elevadas regiones soplaba con violencia y el frío dejaba sentir toda su intensidad, sin que, al parecer, lo notase el preocupado mancebo. Verdad es que en aquel momento, tenía olvidado el peligro de su situación y hasta el objeto de su importante empeño: el recuerdo de su última entrevista con Blanca, ocupaba por completo su imaginación. Deteníase con frecuencia para confiar al libro de memorias que tenía en la mano, las sentidas inspiraciones de su alma adolorida; y así, de pie, sobre el elevado sendero de la montaña, combatido por las violentas rá-



fagas del viento que desordenaban su negra y sedosa cabellera, aparecía hermoso, fuerte y esbelto como el poderoso genio de aquellas soledades.

Un agudo silbido que oyó a sus espaldas, causó al joven un vivo estremecimiento; volvió la cabeza y vió a un indio que venía hacia él con toda rapidez.

—Gracias a Dios que te alcanzo a tiempo, exclamó al llegar cerca del mancebo, y respirando con satisfacción.

—¿Es a mí a quien te diriges?, preguntó Juan sorprendido.

—Hace buen rato que corro tras de tí.

—¿Me conoces por ventura?

—¿Quién no conoce entre los de mi raza a Huallparrimachi, descendiente de nuestros legítimos Señores?

—Pero, yo no recuerdo haberte visto nunca antes de ahora.

—He servido bajo las órdenes de Padilla, tu padre adoptivo. Tú no podrías conocer individualmente a todos los soldados.

—Dime el objeto que has tenido para seguirme con tal apuro.

—Añoche me alojé en casa de un pariente, donde tú también tomaste unas horas de descanso; al amanecer, seguiste tu camino y yo el mío, que parece, por lo visto, ser el mismo, cuando hace rato des-

cubrí una partida realista, ahí, en el fondo de la quiebra que tú y yo tenemos que atravesar. Comprendí el peligro que corrías y he querido advertírtelo.

Juan miró con fijeza al indio.

—¿Puedes mostrarme esos soldados?, le dijo.

—Ven, le contestó simplemente.

El mancebo siguió a su conductor, acariciando el cañón de una pistola que llevaba al cinto. No tardaron en ganar uno de los altos pisos de la montaña, y desde allí extendió el indio una mano en la dirección que acababa de indicar. Juan vió distintamente un grupo de hombres apostados sobre el camino que momentos después hubiera debido atravesar, y el uniforme que vestían, le provó que el viajero no se había equivocado.

—Acabas de prestarme un servicio importante, le dijo, y sin embargo, no sé ni tu nombre.

—Leoncio, contestó el indio.

—Yo no tengo fortuna para recompensarte como lo mereces, repuso el mancebo, pero estas monedas te demostrarán que no soy ingrato.

Leoncio retrocedió vivamente.

—Nada me debes, le dijo; tú eres sagrado y querido para los nuestros, y todos tenemos el deber de velar por tí. Si lo

permítes, puedo mostrarte un camino que te ponga a salvo de tus perseguidores.

—Eso no me da ningún cuidado, contestó sonriendo el joven, y tampoco quiero perjudicarte desviándote del que sigues.

—Yo marchó a Chuquisaca o sus cercanías, dijo Leoncio, mirando con atención a Juan.

—Te deseo buen viaje, amigo mío, y feliz término al asunto o asuntos que te llevan.

—Solo me preocupa uno, que ocupa mis días y mis noches, murmuró Leoncio. Voy a unirme con algún grupo de patriotas que quiera utilizar mis servicios.

—¿Por qué abandonas entonces las filas de los Jefes que están en la frontera?

—La inacción que guardan, no cuadra a la sed de venganza que me estimula, repuso el indio en voz baja y sombría; quiero buscarla rápida y sangrienta.

—Debes haber sufrido mucho para sentir de ese modo, dijo Juan, interesado ante la expresión de reconcentrada amargura que revelaba el acento del indio.

—Oye mi historia, Huallparimachi, ella es corta y te explicará el odio que encierra mi corazón. Yo era bueno porque era dichoso. Mi esposa formaba mi ven-

tura y mi hermosa hija nuestro orgullo y la alegría de la casa. Un día llegó una partida de los nuestros, y el Jefe me dio una comisión para un lugar algo distante: yo me ausenté, dejándole confiadas mi casa, mi esposa y mi hija. Volví satisfecho con el cumplimiento de mi deber, sin inquietarme del silencio y de la soledad que notaba a mi alrededor, preocupado con el ansia de ver a mi mujer y abrazar a mi hija. Llego... ¡el fuego había destruido mi humilde casa!... me precipito... llamo a mi esposa... a mi hija... ¡no me responde nadie!...

Leoncio se interrumpió bruscamente: Juan, comprendiendo la intensidad de aquel dolor, no ensayó dirigir al indio palabras de banal consuelo.

—Mis manos buscan con desesperación entre los humeantes escombros, prosiguió Leoncio, sofocado con su poderosa voluntad la emoción que hacía temblar su voz, y encuentran el cuerpo de mi mujer con una herida en la cabeza y atravesado el pecho de un balazo.

—¡Asesinada!, exclamó Juan.

—Mis fuerzas se agotaron y me tendí a su lado. Entonces acertó a pasar por allí un hombre, que yo temía y odiaba por los hechos que de él se referían... Se compadeció de mis desgracias, me ayudó

a sepultar allí mismo a mi esposa, me hizo desear la vida para emplearla en la venganza, dándome la seguridad de que recobraría a mi hija de manos de sus raptos...

—¿Sabes, pues, quiénes causaron tu infortunio?, preguntó con interés el mancebo.

—Aquellos que codiciaron la belleza de mi hija, como me lo aseguró el que supo compadecerme, alentarme y ofrecerme protección y refugio.

—Nuestros enemigos, en fin, dijo Juan.

—Conoces mi pasado, mis sentimientos y mis esperanzas, prosiguió Leoncio, sin responder directamente al joven ¿me aceptarás por compañero? ¿Qué me importa el camino que tú elijas si por cualquier ruta llego al término de mis deseos? Cuando mi compañía llegue a ser inoportuna, un gesto tuyo me alejará de tu lado.

Juan vaciló aun, pero vencido por la sumisa y suplicante actitud del indio, le contestó, tras breve pausa.

—Marchemos juntos hasta mañana; entonces será llegado el caso de que tomemos la resolución que más cuadre a nuestros proyectos.

—No tendrás que arrepentirte de tu condescendencia, Huallparrimachi, exclamó

mó Leoncio con transporte. Yo que conozco a tus enemigos y los tropiezos que pueden oponer a tu paso, sabré evitarte el peligro y te guardaré con el amor de la madre cuando vigila los primeros y vacilantes pasos de su primogénito.

Los dos viajeros se pusieron en marcha, y nosotros vamos a perderlos momentáneamente de vista para dar una breve idea de la situación de las fuerzas patriotas, comandadas por La Madrid.

## EL MAYOR D. GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

El tercer ejército auxiliar enviado a las provincias del Alto Perú por el Gobierno de Buenos Aires, a las órdenes del General Rondeau, sufrió irreparables desastres en la batalla de Sipe-sipe o Viluma, y tuvo que abandonarlas nuevamente a la victoriosa autoridad española; pero Belgrano, que reemplazó a Rondeau, no desistió de aquel noble empeño, y confió al joven Mayor, D. Gregorio Araoz de La Madrid, la misión de volver al territorio alto peruano a la cabeza de

un destacamento, para ayudar y alentar los esfuerzos de los patriotas.

La Madrid se había distinguido por su valor y su arrojo, y sus primeras y felices operaciones en la toma de Tarija, confirmaron el acierto que había guiado su elección. Mas, su valor temerario y su ardorosa impaciencia, comprometían la calma reflexiva y la previsora prudencia impuestas a un Jefe, y los reveses que luego sufrió en el valle de Cinti, neutralizaron las ventajas obtenidas con sus primeros triunfos.

Derrotado, pero no escarmentado ni vencido, se halló a la cabeza de seiscientos a setecientos hombres valientes y entusiastas, y concibió el atrevido plan de apoderarse de la plaza de Chuquisaca, noticioso de que el General La Hera, con su división, se hallaba en Tarabuco, ocupado en vigilar a los caudillos patriotas de la frontera.

La noche del 19 de mayo, acampó en el pueblo de Yotala, distante nada más que tres leguas de Chuquisaca, sin que hasta entonces, ningún contratiempo hubiese venido a variar el curso de sus operaciones.

De siete a ocho de la mañana siguiente, dió la orden de marcha, que la tropa recibió con entusiasmo, colmando



la confianza que abriga el joven Comandante en el buen éxito de su empresa. Púsose a caballo a la cabeza de sus fuerzas, marchando alegremente a su destino. Al aproximarse a la casa de hacienda de Cabezas, se le dió aviso de que una partida de caballería realista se hallaba como de observación en el camino que parte de allí por el alto a Chuquisaca.

—¡Tanto mejor!, exclamó regocijado. Me gusta ver de cerca la cara del enemigo, y hacerle conocer la nuestra. ¡Atención y en sus puestos, muchachos!

Y se adelantó con sólo su ayudante para estudiar la posición de los realistas. No tardó en descubrirlos en la altura, en actitud de inquieta espera. La Madrid detuvo su caballo y dijo riendo al Oficial.

—¿Sabe U. que se me ocurre una travesura?

—¿Cuál, mi Comandante?

—Hacer creer a aquellos papamoscas que somos el auxilio que esperan de Potosí, según me lo noticiaron al salir de Yotala.

—Lo ensayaremos... Pero, yo no atino con el medio...

—Va U. a verlo, le interrumpió La Madrid.

Y colocando un pañuelo en la punta de su espada, la levantó en alto gritando al mismo tiempo.

—Bajen, que es el auxilio de Potosí (1).

Ante la acción y la voz del Mayor, se destacaron en el acto el Jefe de la partida y su ayudante, seguidos lentamente por el resto de la tropa. La Madrid retrocedió sin precipitación al lado de los suyos, y echó pie a tierra.

—Son nuestros, le dijo vivamente, y la victoria no nos costará un sólo tiro si se ejecutan puntualmente mis órdenes. ¡Silencio y completa inmovilidad! A la aproximación del enemigo un ¡viva el Rey! atronador, salvó el darlo al diablo una vez dueños de la partida.

El éxito coronó la estratagema; y un cuarto después decía La Madrid a su prisionero, el Comandante Eugenio López.

—Consuélese, compañero: estos son los percances de la guerra; pero ni U. ni los suyos tendrán que quejarse del proceder de los patriotas.

Pasando el primer momento del entusiasmo causado por este feliz desenlace, La Madrid se disponía a marchar nuevamente a caballo para seguir su marcha, comenzada bajo tan halagadores auspi-

---

(1) Histórico.

cios, cuando se lo aproximó su ayudante, en compañía de un apuesto mancebo, de moreno rostro y leal e inteligente mirada.

—Aquí tiene U. al Comandante, le dijo el Oficial.

—¿Quién es este hombre?, preguntó La Madrid.

—Asegura que es portador de un mensaje de la mayor importancia.

—Habla, muchacho, y despachate pronto.

—Lo que tenga que decir a U., Comandante, requiere tiempo y calma, contestó el recién llegado.

—Pero, si es un aviso... repuso el joven Mayor, examinando con cierta sorpresa aquella varonil y gallarda figura, llena de distinción y de nobleza.

—No traigo ninguno, Comandante.

—En tal caso, por importante que sea tu mensaje, me lo darás en Chuquisaca.

Y La Madrid puso el pie al estribo para montar a caballo. El mancebo se apoderó de la brida, y dijo al Jefe con respetuosa firmeza.

—Me escuchará U. ahora mismo, Comandante, porque mi misión es impedir la marcha de U. a la ciudad.

El joven Mayor miró con asombro al que así se atrevía a usar de la violencia para detenerlo; mas, como él era valiente

y temerario, supo estimar esas mismas cualidades en el desconocido.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó con altanería.

—Juan, por otro nombre Huallparimachi, contestó el Joven, sosteniendo sin afectación la mirada imperiosa e irritada del Jefe.

—Juan puede llamarse todo el mundo, y en cuanto al apodo que te das... ¡maldito si entiendo una jota de tu arrevesada lengua!... La broma dura demasiado, y he perdido un tiempo precioso... ¡Eal, te prevengo que si no te retiras, va a atropellarte mi brioso moro.

Juan cruzó las manos sobre el pecho y sin moverse un paso, repuso con tono resuelto y firme.

—Caigan, pues, sobre U. las funestas consecuencias de su precipitación, Comandante La Madrid!

El acento y la actitud del joven, impusieron de nuevo al Mayor.

Sepamos de una vez quién te envía autorizado para tratar de igual a igual conmigo, exclamó con impaciencia. Y U.; añadió dirigiéndose a su ayudante, que por discreción se había alejado algunos pasos, transmita inmediatamente la orden de marcha a la división: yo no tardaré en alcanzarla.

—Si me andas con esas delicadezas, te quedarás con el sermón estudiado: te lo prevengo.

—Sea como U. lo quiere: a mí no me queda la elección.

—Y bien, qué dicen los valientes caudillos que te envían?

—Deploran profundamente que el tiempo y los esfuerzos de U., sean consagrados a la imposible empresa de tomar la plaza de Chuquisaca.

—¿Tal la consideran, mi joven embajador? Y movidos sin duda por un espíritu de cristiana caridad, me aconsejan que rehaga la gloria que me brinda mi buena estrella.

—Hacen más, Comandante: ofrecen a U. fuerzas, recursos y sumisión para ejecutar, con la probabilidad del éxito, la misma empresa que U. medita, y otras de mayor consecuencia y valía. Este compromiso, firmado por ellos, es la leal expresión de sus sentimientos y de su abnegado patriotismo.

La Madrid tomó el pliego de manos del joven y lo recorrió rápidamente.

—¡La ilustre Juana Azurduy en cabeza!, exclamó con viva satisfacción. Las proposiciones son tentadoras, lo confieso; pero, si yo las rechazase, empeñado como estoy en llevar adelante mi imposible

empresa (y recalcó irónicamente esta frase). ¿Qué consecuencias me atraería mi obstinación?

—Las más deplorables para nuestra santa causa, contestó Juan con firmeza, porque la derrota de las fuerzas que U. conduce, desmoralizaría el espíritu de los nuestros, y privándonos de su valioso contingente, daría mayor aliento a los enemigos, inclinando a su favor esa porción indecisa y fluctuante de nuestras poblaciones.

—Tú te pones siempre en el peor de los casos, muchacho, dijo el joven Mayor impaciente.

—El más probable y sobre el que debemos basar nuestras deducciones.

—Yo no lo juzgo absolutamente de ese modo. La plaza de Chuquisaca tiene una pequeña guarnición en la actualidad.

—Pero aguerrida y tras excelentes barricadas.

—¡Tanto se me da de ese puñado de hombres y de esas paredes de tierra!

—La población está armada y acudiré a la primera señal de Vivero.

—¡Bah! ¡Paisamos con fusiles!... ¡Qué farsa!

—Y no puede U. disimularse que La Hera, distante más que doce leguas de Chuquisaca, volaría en su socorro.

—Me encontraría dueño de la plaza, llegándome la ocasión de aprovechar de sus recursos.

—¿Ignora U. que Vivero espera el refuerzo que debe llegarle de Potosí?

—Esta mañana se me dió ese aviso, contestó riendo La Madrid, y lo utilicé brillantemente. Ya ves que empiezo ganando la partida. ¡Magnífico comienzo!

—Pero una vez unidas las fuerzas de La Hera y de O'Relly...

—Las dejo plantadas, escurriéndome como el agua.

Juan miró al Mayor con asombro. Este prosiguió resueltamente.

—Yo probaré que La Madrid sabe cumplir hasta un imposible, cuando así lo tiene decidido. Sea yo dueño de la plaza de Chuquisaca, aunque no más que por pocas horas, y nadie me negará la gloria de la empresa. Entonces será tiempo de ir a rendir mis laureles a los pies de la inmortal Doña Juana Azurduy de Padilla, y tomar, con justo título, el preferente lugar que ella y sus ilustres compañeros me ofrecen.

—De suerte que, el ataque sobre Chuquisaca...

—Se realizará: nadie en el mundo me sacará de mis trece. Vuelve, pues, a comunicar mi resolución y mis propósitos a

los que te han enviado; y ten entendido, amigo mío, que has sabido ganar mi admiración y mis simpatías.

—¡Cúmplase, pues, lo que ha decretado el destino!, dijo el joven con profunda tristeza. Yo juré no volver sólo... Me quedo a su lado, Comandante.

—¿A participar de mi derrota?, le preguntó burlonamente.

—Yo espero que en ella pueda U. utilizar mis servicios.

—¿Y la respuesta que esperan los caudillos?

—No faltará un mensajero que lleve tan triste nueva. Mi puesto está, en adelante, donde está el peligro.

—Acepto con entusiasmo tu compañía; sólo que tropezamos con una pequeña dificultad, mi joven amigo, y es, que mi moro corre con la rapidez del viento, y en medio de tus brillantes cualidades, dudo que goces de ser alado para poder seguirlo.

A pesar de sus serias y dolorosas preocupaciones, Juan sonrió ante esta ocurrencia propia del carácter ligero y festivo del Mayor.

—No pretendo ganar el premio en la carrera, contestó el mancebo; y con la venia de U., Comandante, me ocuparé en buscar el hombre que necesito para comunicar su contestación a los Jefes.

—No te demores demasiado, muchacho.

—Cuenta U. con que llegaré a tiempo para ocupar mi sitio en el combate.

—Decididamente, Juan, exclamó La Madrid estrechando con franca cordialidad las manos del joven, acabaremos por ser buenos amigos. Voy a esperarte con impaciencia.

Y con un último y cariñoso ademán de despedida, montó a caballo y desapareció con la velocidad del torbellino.

## VIII

### EL MENSAJERO

Juan permaneció largo rato inmóvil, entregado al desaliento que lo dominaba.

—¡Nada!, murmuró al fin con amargura. ¡No he conseguido nada!... —Y mi querida hermana, que puso en mí toda su confianza!... ¡y yo, que me prometí volver al lado de mi amada, bastante poderoso para protegerla contra la odiosa tiranía de su padre!... ¡Pobre de mí!... Adverso destino el mío!... Pero aun me res-



ta una esperanza... y esa nadie puede arrebátarmela... La muerte, una muerte gloriosa en el combate, y con ella el término de mis padecimientos.

Se dirigió en seguida a la cabaña que, próxima al sitio de las escenas que acabamos de describir, se hallaba situada sobre una pequeña altura y parecía completamente abandonada. Entró a ella como un antiguo conocido y halló a Leoncio que lo esperaba. La rápida e investigadora mirada del indio, descubrió en el rostro del mancebo las huellas de sus tristes preocupaciones, pero no le hizo ninguna pregunta.

—Mi buen Leoncio, dijo el joven, verdad es que nuestra relación data de hace pocas horas, pero, las circunstancias en que ha tenido lugar, son inolvidables para mí; y ahora que llega el momento de decirnos adios, siento vivamente todo el valor del servicio y del interés que te debo.

—¿Piensas regresar inmediatamente?, interrogó el indio.

—¡Quien sabe!... Mientras tanto, te llega la vez de realizar el objeto de tu viaje, uniéndote con las fuerzas patriotas que han pasado a Chuquisaca.

—Las manda un gaucho, dijo Leoncio con desprecio, y yo sólo obedezco a los míos.

—Mi previsión se realiza... Nuestra separación es, pues, inevitable, porque yo sigo a La Madrid.

—¿Y expondrás tu vida en el combate?

—¿Puedes dudarlo?

—Está bien: yo te acompaño.

—¿Bajo las órdenes del gaucho?, preguntó Juan sonriendo.

—No, porque yo sólo recibiré las tuyas, Huallparrimachi, contestó el indio con orgullo. Seré tu escudo en el peligro y así cumpliré mi deber.

—Hágase según tu deseo, dijo el joven, vencido por la resolución de su compañero. Permaneceremos juntos hasta que Dios disponga de nuestro destino. Y ahora, mi buen Leoncio, déjame solo por algunos instantes: no tardaré en salir para continuar nuestra marcha a Chuquisaca.

El indio abandonó la choza con la absoluta sumisión que guardaba hacia el mancebo; se alejó rápidamente hasta el borde de una cercana quiebra, y deteniéndose allí, después de convencerse de la soledad que lo rodeaba, silbó de una manera particular, y quedó en actitud de impaciente espera.

Mientras tanto, Juan escribía las siguientes líneas en una de las hojas en blanco del libro depositario de sus impresiones.

—He fracasado tristemente en la misión que me confiaste: perdóname... ¡Ciega y lamentable vanidad la del hombre! Cree vencer y conquistar el solo los laureles de la victoria, y los datos que tengo recogidos, confirman tus previsiones...

Yo te juré no volver solo... me quedo, pues, esperando... ¡Dios lo sabel... quizá uno de esos acontecimientos imprevistos que obligan a enmendar los errores del orgullo; mas, si la suerte nos sigue adversa, es preferible morir en el campo de batalla, siguiendo el glorioso ejemplo de tu esposo.

Que tu amistad, hermana mía, no falte a tus protegidos de Sopachui: piensa que esta súplica puede ser la última que te dirija desde este triste mundo.

Falto de medios para cerrar la carta, dobló sencillamente el papel y llamó a una pequeña puerta; por ella se presentó al momento una anciana india.

—Madre, le dijo Juan con el respeto que entre los indios se guarda a las personas de edad, te debo el reposo de que tanto necesitaba, cuando llegué hace poco rendido por el cansancio y sin imaginar que tú me conocieses. Te encontré sola y me dijiste que tu hijo había huido a la proximación de los soldados: tuviste razón, porque se hallaba conmigo otro hombre; pero ahora...

—Habla, hijo mío interrumpió la anciana: tú eres aquí el dueño.

—Necesito un mensaje seguro para que marche en el acto al Villar, con este papel, que debe entregar sin demora a Doña Juana.

—El mensajero está a tus órdenes, dijo un indio a espaldas de la anciana.

Juan lo miró sin sorpresa. Conocedor del carácter tímido y receloso de los suyos, estaba cierto de que el hijo de que le hablaba la anciana, no debía encontrarse lejos, siguiendo con una ansiedad fácil de comprender, el movimiento de las fuerzas, puesto que ellas fuesen patriotas o realistas descargaban, sobre el indefenso y despreciado indio, el peso de sus arbitrariedades y exacciones. Así es que el joven se dirigió con la mayor naturalidad al recién llegado.

—¿Conoces el Villar?, le preguntó.

—Sí.

—¿Y a Doña Juana Azurduy?

—He servido bajo las órdenes de Padilla, contestó orgullosamente el indio, y más de una vez me he batido, bajo las de su esposa. No es posible que tú recuerdes a los soldados de tu padre adoptivo, Huallparrimachi, pero ninguno de ellos te olvidamos. Esta mañana te ví venir y dije a mi madre que te brindase su

choza y te sirviese con el cariño y el respeto que todos te debemos.

—Gracias, amigo mío. Aquí tienes la carta.

Y Juan unió a ella algunas monedas, que el mensaje pasó a su madre.

—No, dijo esta rehusándolas; llévalas tú, hijo mío, vienen de manos de Huallparrimachi y te protegerán en el peligro.

—¿Dónde te buscaré con la respuesta?, preguntó el indio a Juan, guardando con religioso respeto la dádiva del joven.

—No las espero, porque ignoro lo que será de mí dentro de pocas horas. Sólo importa que pongas toda diligencia en llevar la carta.

—Descuida: marchó en este instante.

Y arrodillándose a los pies de la anciana.

—Bendíceme, madre mía, dijo el indio.

Ella extendió sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, y mientras las lágrimas humedecían sus mejillas.

—Cumple lealmente el encargo de nuestro Señor, le dijo con solemne acento, y Dios y la Virgen te protejan.

Púsose de pie el mensajero y se dirigió a la puerta.

—No, no salgas por esa, exclamó la anciana; puede verte el compañero de Huallparrimachi.

Y le señaló la que, medio oculta en uno de los extremos, había dado paso a ambos. El indio desapareció por ella.

—¿Quién es ese hombre que te sigue?, preguntó la anciana al joven.

—Lo ignoro, madre. Ayer lo ví por primera vez, y me prestó un gran servicio.

—Su rostro es sombrío, su mirada dura y fría como el pedernal de la montaña repuso la india, sacudiendo gravemente la cabeza. Desconfía de ese hombre. Los viejos no nos engañamos en nuestras predicciones, hijo mío.

—Tu consejo es sabio y está de acuerdo con la prudencia que me imponen las circunstancias: lo seguiré, mi buena madre. Y ahora, bendíceme como acabas de hacerlo con tu hijo; tu bendición puede atraerme la felicidad que me huye.

Y Juan inclinó con respeto su hermosa cabeza ante la anciana.

—Vástago ilustre de nuestros Señores, dijo ésta con acento grave y lleno de unción; el Cielo vele por tí y guarde tu vida para consuelo de los nuestros.

Cuando Juan salió de la cabaña, vió a Leoncio a cierta distancia, sentado a la sombra de un lozano molle.

—Marchemos, le dijo el joven.

Y el indio le siguió sumiso y silencioso.

## I X

### DESASTRE

La Madrid distribuyó convenientemente sus fuerzas, una vez llegado a los suburbios de Chuquisaca, y él a la cabeza de su pequeña artillería compuesta de dos cañones, se situó en la altura dominante de la Recoleta. Allí lo encontró Juan, y fue recibido por el Mayor con muestras de sincero placer.

—Ya sé quién eres, y la consideración que mereces por tu noble estirpe, di-

jo el mancebo. Te pido mil perdones por la descortesía con que te recibí.

—No guardo su recuerdo, Comandante.

—¿Me permites que siga usando del tratamiento familiar y cariñoso que te doy?

—Mucho me mortificaría que U. me tratase de otro modo.

—Gracias, muchacho; y yo no tardaré en probarte de una manera sorprendente, la amistad que has sabido inspirarme... ¡Qué sorpresa tan grata voy a dar al General Belgrano y a otros personajes importantes que piensan como él con la noticia del descubrimiento del Inca que ellos se desviven por hallar!... ¡y yo lo tengo a la mano!

—Mientras tanto, dijo sonriendo el joven, lo más urgente es que U. coloque en las filas de los primeros combatientes a su nuevo soldado.

—Tu puesto estará a mi lado.

—Yo lo quiero en el peligro, Comandante.

—Se cumplirá tu deseo, porque allí donde yo me encuentre allí estará el mayor riesgo.

—¿Qué esperamos pues, para dar el asalto?

—El descanso que necesita la tropa, mi amigo.

—Pero hace dos horas que lo tiene y el día avanza y la oportunidad con él.

—Lo daremos mañana, pierde cuidado.

—¡Mañana!, exclamó Juan sorprendido, U. se chancea, Comandante... pero, ya creo comprender su plan y me parece magnífico. Las sombras de la noche, ocultando el número de nuestras fuerzas y la dirección de nuestros movimientos, serán el mejor auxiliar para la victoria.

—¿También tú opinas, pues, como los demás?, dijo La Madrid con impaciencia.

—¡Ah! ¿los otros piensan como yo? Tanto mejor: eso prueba que yo no me había equivocado.

—Lo que prueba eso, exclamó colérico el Mayor, es que tú y los demás creen a su Comandante capaz de recurrir al cobarde medio de una sorpresa en las tinieblas para obtener un fácil triunfo: yo lo conseguiré caballeramente, combatiendo de frente y a la luz del sol.

—Tal resolución...

—Que es irrevocable, interrumpió La Madrid.

—Daré razón a mis tristes pronósticos, concluyó Juan con firmeza.

—Yo haré de modo que te arrepientas haberlos abrigado, contestó el joven



Mayor con altanería, y despidió al mancebo con una ligera inclinación de cabeza.

Pero las previsiones de Juan las cumplió el destino. La Madrid se vió obligado a abandonar Chuquisaca, sin haber satisfecho su deseo de ser dueño de la plaza no fuese más que por pocas horas; pero, aferrado a su proyecto, volvió segunda vez a poner sitio a la ciudad, lleno de confianza, pues contaba con un numeroso auxilio de indios y con los refuerzos que le trajeran Fernández y Ravelo, quiénes, informados por Juana del resultado de la misión confiada a Huallparrimachi, no escucharon ya las advertencias que les dirigió, teniendo únicamente en vista los laureles que La Madrid pensaba ganar él solo, y movidos, por otra parte, por la impaciencia de salir de una vez de la inacción en que se encontraban.

La Plaza resistía con denuedo, defendida por la fuerte y aguerrida división del General La Hera, cuando llegó a conocimiento de los patriotas que el tan esperado refuerzo de Potosí, comandado por O'Relly, se hallaba solo a una jornada de marcha. La Madrid, con su acostumbrada audacia, resolvió ir a su encuentro y tomarlo de sorpresa. El activo

La Hera, de acuerdo con O'Relly, siguió inmediatamente a los patriotas, consiguiendo ambas fuerzas realistas, tomarlos a dos fuegos al pie de la cuesta de Cachimayo. El éxito no podía ser dudoso; y de nada sirvió a los patriotas el arrojo temerario de los Jefes y la desesperada resistencia de los soldados. Declarada la derrota, fueron perseguidos tenazmente hasta la cuesta llamada de Carretas; allí se detuvieron los realistas para tomar respiro, pudiendo La Madrid y los suyos seguir con más descanso la retirada.

Sin tropezar con ningún obstáculo durante su trayecto, llegó la fuerza patriota a Tarabuco; pero comprendiendo que La Hera no tardaría en alcanzarla, resolvieron los Jefes que se tomase pocas horas de descanso, concertando, mientras tanto, algunas medidas previsoras para continuar en más orden y mayor seguridad, la retirada a la frontera.

## INCIDENTES

Terminado el acuerdo entre los Jefes, se retiró La Madrid encargando que se buscara a Juan en su nombre. El joven no tardó en acudir a su llamado.

—Noble y querido amigo, dijo el Mayor, estrechándole las manos con profunda emoción. Diez veces te he sido deudor de la vida en los combates... y si hubiese seguido tus consejos... si hubiese aceptado las proposiciones de que viniste encargado...

—Aun es tiempo, Comandante, le interrumpió Juan con viveza. U. será recibido siempre con placer por los nuestros en la frontera; y allí, reorganizadas nuestras fuerzas, olvidaremos con las victorias los desastres de la derrota.

—Hablas como quién eres, Juan, y tus palabras de aliento son un bálsamo para mi atribulado espíritu. Tus deseos van a cumplirse: hemos resuelto marchar a La Laguna.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó el mancebo.

—Y para despistar a La Hera, que nos sigue de cerca, marcha Fernández dentro de pocos momentos, a la cabeza de una ligera partida, por el camino de Taco-paya. Es el anzuelo que echamos a las tablas. Mientras ellos corran tras de la fuerza de Fernández, que se les hará humo en el mejor momento, el grueso de nuestra tropa tomará otra ruta esta misma tarde.

—Yo conozco todas las que van a La Laguna, ¿cuál es la que UU. han elegido?

—¡Hombre!, a decirte verdad, son tan raros los nombres que hay en estos lugares que no se me gravan en la memoria; pero recuerdo el de un pueblecillo que nos servirá de descanso... es una cosa así como Suipacha.

—Sopachui, dijo Juan, sintiendo un violento golpe en el corazón.

—Justamente ¡Diablo de nombres arvesados! ¿Qué dista de aquí a ese lugar?

—Cuentan 18 leguas, Comandante.

—De las que anduvo el diablo cuando se hallaba de buen humor, muchacho. Ya conozco el modo de medir las distancias que tienen UU. los alto-peruanos. ¡Paciencia! La esperanza de conocer en breve a la valiente Doña Juana, me hará sobrellevar con resignación el resto del camino.

—¡Con cuanta complacencia será U. recibido por mi hermana!

—¿Tu hermana dices?

—Verdad es: debía darle el título de madre, porque lo ha sido y sigue siéndolo para mí, pero el de hermana responde mejor a su edad y a la confianza que le tengo.

—¿A su edad?

—Me lleva con pocos años.

—¿Qué oigo?... ¡Y yo que me la figuraba ya bastante cansada! ¡Hombre! y debe ser una real moza. ¿Verdad?

El entusiasmo del joven Mayor hizo sonreír a Juan, pero recobrando su seriedad le contestó gravemente.

—Doña Juana Azurduy de Padilla es una mujer que sólo puede inspirar admiración y respeto.

—Y para producir esos sentimientos, tiene por fuerza que ser hermosa. Ya me tarda ponerme a las órdenes de mi bella Coronela (1).

—De Sopachui al Villar, donde tiene establecido su campamento, solo hay nueve leguas, que ella se apresurará a salvar, así que reciba el aviso que UU. le hayan enviado.

—¡Hombre!, temo que a nadie se le haya ocurrido una cosa tan importante. ¡Qué aturdidos somos! Pero, tú piensas en todo, muchacho, y aun es tiempo de remediar ese olvido.

—Sin duda, Comandante; y si U. me autoriza...

—Volando, amigo mío, antes de perder más tiempo. ¡Diablo de descuido!... Y a propósito de diablo, ¿Qué suerte ha corrido aquel indio que te seguía como tu sombra? ¿Qué cara de pocos amigos tenía el tal hombre!, ¿ha muerto por ventura?

—No, Comandante. Lo he perdido de vista desde hace poco, pero es seguro que

(1) El Gobierno de Buenos Aires, en honorífica nota de 13 de agosto de 1816, le confirió el grado de Teniente Coronel. Años más tarde, el Libertador le dió los despachos de Coronel.

ya me espera en mi alojamiento. Y ahora pienso que nadie mejor que él puede ser el conductor del aviso para Doña Juana.

Haz lo que convenga; pero una vez cumplido su encargo, que cuide de irse a los infiernos. ¡Maldita la gracia que me hace volver a tropezar con él en mi camino!

Sonrió el mancebo y despidiéndose del Mayor, se dirigió a su habitación, y allí, como lo había presumido, encontró a Leoncio. Contra su costumbre, el fue el primero en dirigir la palabra a Juan.

—Te esperaba, le dijo, porque ahora que el peligro ha pasado para tí, llega el momento de separarnos.

—¿Vas a la frontera, amigo mío?

—¿Quién puede asegurar a donde lo conducirá el destino?, contestó evasivamente Leoncio.

—No es por mera curiosidad que te lo pregunto. Necesito urgentemente un mensajero seguro para enviar al Villar una carta a Doña Juana.

—Seré yo quién la conduzca sin demora. Dame la carta, Huallparrimachi.

Juan tomó una de las hojas de su libro, y escribió lo siguiente:

—Hermana mía: Pocas horas mediarán entre estas líneas, que te envío como

aviso, y nuestra llegada a Sopachui, donde estoy seguro de encontrarte en alas de tu impaciencia. Allí escucharás de mis labios los tristes detalles del desastre que en vano tu previsión se empeñó en evitar. Permita Dios que las dolorosas lecciones de la experiencia enseñen a seguir dócilmente tus consejos. Mientras tanto, ¡soy tan feliz pudiendo decirte: ya vuelvo!...

Sin medios para cerrar esta carta, dobló sencillamente el papel y lo alcanzó a Leoncio.

—¿Esperas la respuesta?, preguntó éste.

—No: me basta tu promesa de poner sin demora mi mensaje en manos de Doña Juana.

—Es deseo tuyo y se cumplirá. ¿Volveremos a vernos, Huallparrimachi?

—¿Quién puede asegurar a donde lo conducirá el destino?, contestó el joven, imitando la reserva del indio. En todo caso, te debo ya bastante para que jamás se borre tu amistad de mi memoria.

Leoncio tomó las manos del mancebo y las llevó a sus labios.

—¡Dios proteja a mi Señor!, murmuró con sentido y respetuoso acento, y salió de la habitación.

—¡Hombre extraño!, pensó Juan. Si no conociese su lamentable historia, en-

contraría que la anciana de Yotala y La Madrid tienen razón en la repulsión que les ha inspirado. ¡Pobre Leoncio! Ellos ignoran la profunda e incurable herida que lleva en el corazón; y ¿qué rostro humano puede expresar la franqueza y el contento cuando el alma está sumida en un dolor sin esperanza?

Y este pensamiento, despertando el de su amor tan ardiente como contrariado, hizo volar su imaginación hacia Blanca, a cuyo lado lo conduciría bien pronto su felicidad o su desgracia.

## X I

## UN SOLDADO EX-SEMINARISTA

Leoncio al perder de vista el pueblo, tomó con paso rápido una senda áspera y desierta; no tardó en detenerse, y lanzó aquel silbido que parecía ser una señal, y que tuvimos ocasión de oírle en la quebrada de Yotala. Saltando como un gamo por aquellas quiebras estériles y rojizas, acudió un hombre de pequeña talla, de fisonomía juvenil y llena de chispeante viveza.



—¡Diantre!, exclamó al acercarse al indio. Ya era tiempo de que me saques de esta madriguera de vizcachas, donde te espero porque así lo quiso tu soberana voluntad. ¡Arrastrada vida la mía desde que tuve la desdicha de conocerte, indio de mil demonios, y se le ocurrió al viejo ponerme a tu disposición, para que me tengas como un azacam, llevando de seca en meca tus malditos chismes! Pero una orden es una orden: y obedezco la de mi Jefe y me lavo las manos, *lababo manus meas*. Y bien, ¿acabarás por abrir ese tu negro pico?

—Esperaba que terminases tu charla, contestó Leoncio impasible.

—Pues, haz de cuenta que se acabó, aunque me queda mucho que desembuchar para darme todos los diablos. ¿Qué nuevo chisme debo comunicar al viejo La Hera contra los patriotas?

—¡Silencio!, exclamó el indio mirando con recelo a su alrededor.

—¡Me gusta la precaución! ¿Crees que los buitres se entretengan en recojer tus infernales cuentos?

—Llévame sin tardanza ante tu Jefe.

—¿Esas tenemos ahora? ¿Empieza a desconfiar de mí que he ejecutado ad pedem litere todas tus comisiones? No olvidaré ni en cien años aquella que

me diste cerca de Yotala para tu colega el criollo de Sopachui... ¡Juil, hasta ahora se me hiel a la sangre al recordar aquellos sus ojos de muerto... ¡Vaya que tienes unos amigazos!...

—¿Marcharemos por fin?, exclamó Leoncio, golpeando el suelo con ira.

—Vade retro... ¡Cuidado con venirme con esos humos de mundo!... Si otras fueran las circunstancias, yo te pondría en el lugar que te corresponde; pero hoy... ¡paciencia!

Y tomando un aire de suprema importancia, echó a andar cantando a voz en cuello un estribillo popular.

—¡Calla, temerario!, dijo Leoncio. Tomándolo con fuerza del brazo. ¿No comprendes que debemos marchar en silencio, imitando la prudencia de la serpiente?

—¡Alto ahí! Te permito la comparación en singular, pero te la prohíbo respecto a mi persona.

El indio se encogió de hombros y guardó silencio. Así caminaron algún rato sin dirigirse una palabra; pero este silencio violentaba visiblemente a su locuaz e inquieto guía.

—Dime, hombre, exclamó de pronto, ¿cómo diantres te has arreglado para ganar en un santiamén la confianza del viejo? Hace un año que desempeño a su

lado las importantes funciones de asistente, y sólo he conseguido oír sus destemplados gruñidos.

—Esos son asuntos entre tu Jefe y yo, le contestó secamente Leoncio.

—¡Cierto que tu cortés respuesta esclarece mi curiosidad! Pero, recapitulemos, como decía en illo tēpore mi Catedrático en el Seminario, y de inducción en inducción, lléveme el diablo si no doy con lo cierto del negocio. Veamos: tú hiciste tu primera aparición en Tarabuco, en la madrugada del día anterior a la llegada del gaucho La Madrid a Chuquisaca, para más señas que fui yo quién te introdujo al cuarto del viejo, que tuvo contigo una encerrona, de la que resultó que yo debía seguirte a luz y a sombra, aunque con mil precauciones, para acudir a tu primer llamado, sin que nadie...

—Mejor harías en guardar para tí tus recuerdos y tus deducciones, le interrumpió severamente Leoncio.

—Pues, imagínate sordo, con bravío, y asunto concluido; pero, hago uso de mis derechos de hombre libre, como dicen los patriotas en sus proclamas, para seguirme hablando in pectore como lo acostumbro siempre que me honro con mi propia compañía. ¿Has llegado a sospechar siquiera la clase de sujeto que soy yo, indio *ánima vilis*?

—Leoncio guardó silencio.

—Quiero usar de condescendencia contigo, relatándote la *vera* historia de Cueto Pérez, estudiante distinguido que fue en el Real Colegio Seminario de San Cristóbal, en la ilustre ciudad de Charcas.

Su compañero apresuró el paso.

—¡Ola! ¿lo tomas de esa suerte?, exclamó el estudiante. Te advierto que te dejaré plantado para que busques al viejo como te lo dé a entender tu amigo Lucifer.

—¡Oh! murmuró Leoncio, apretando los puños, ¡ignorar dónde se halla el campamento realista!

—Y no seré yo quién te lo avise, para dejarte en seguida que te vayas sólo. ¡No, en mis días!; porque así como ahora haces traición al gaucho y a Huallparimachi...

Un gesto amenazador de Leoncio, cortó la frase al incorregible joven.

—Bueno, bueno, repuso, tomando un aire protector, ¡tenamos la fiesta en paz!, y marcha con el respeto que se debe al sobrino carnal del ilustre caudillo patriota D. Jacinto Cueto, honra y gloria...

Un violento traspie, lo obligó esta vez a interrumpirse.

—¡Peste de veredas!, exclamó, recordando el equilibrio. ¡Vida de perros la

que paso! Pero la tengo merecida, y ciento y más, por mi necio orgullo. ¿Qué me costó pedir perdón a mi madre y a mi buen tío Jacinto, por la inocente travesura estudiantina que me valió ser expulsado del Colegio? Pues, no Señor; y lejos de eso, me refugié en las filas de los enemigos de mi familia, y renuncié el estudio, cuando por mis adelantos, mi inteligencia y mi noble cuna, era el llamado *ad hoc* para suceder en la silla Metropolitana, al ilustrísimo...

Llegado a este punto, tuvo el locuaz Pérez que callarse, para contraer su atención al estrecho y peligroso barranco que atravesaban.

—Ya caigo, ya caigo, gritó de pronto, estremeciendo a Leoncio, que lo seguía profundamente abstraído, y que apresuró el paso para ir a su socorro. ¡Vaya, hombre!, exclamó riendo estrepitosamente, ¿no comprendes que hablo en sentido figurado? Es porque acaba de iluminarme una idea... ¡Vamos! ¿sabes tú la razón que ha inducido al viejo para encargarme del desempeño de tus comisiones?

Leoncio no contestó.

—Pues mira, indio de los demonios, es porque me conoce listo como un diablo, y sabe que conozco a palmos todos los vericuetos que hay desde Sopachui, mi país natal y el de mi ilustre tío Jacinto,

hasta Chuquisaca, porque, durante mis excursiones estudiantiles...

—Tanto mejor, le interrumpió Leoncio con impaciencia.

—¡Diantre! Ya veo que mi perspicacia te vuelve el don de la palabra. Comprende, pues, la superioridad que tengo sobre el común de los mortales, gracias a mis aprovechados estudios en el Real Colegio de San-Cris...

—¡Altó!, ordenó un centinela, dirigiendo la boca del fusil al pecho de Pérez.

—La Hera y Tarabuco, ¡bárbaro!, dijo éste, retrocediendo con presteza.

Y Leoncio descubrió con viva satisfacción, el campamento realista.

—¡Laudemus Deo!, exclamó el ex-estudiante. Voy a conducirte en el acto ante el General, para que confecciones con él alguna tramoya diabólica contra los patriotas ¡Allá se las avengan UU.I., con tal de que yo me vea libre de tu presencia, per Cristo dómíno nostro, Amén.

## XII

### EL AVISO

Hemos dicho que los realistas dejaron de perseguir a los derrotados patriotas en la cuesta de Carretas, pareciendo abandonarlos a su destino; pero, el General español tenía firme resolución de poner fin de una vez y con un solo golpe, a las audaces tentativas del inquieto La Madrid, confiando en que este Jefe, tan valiente como inexperto, no tardaría en presentarle la ocasión que buscaba. Así

es que, tomando diestramente un camino paralelo al que seguían los patriotas, y cuando éstos hicieron alto en Tarabuco, él se situó en posición tan ventajosa, que no podía escapársele ninguno de los movimientos del enemigo. En esta disposición, al ver a Leoncio, no dudó que llegaba el momento deseado.

—¿Los rebeldes han abandonado el pueblo?, le preguntó con ansiedad.

—D. Estéban debe anticipárseles a la cabeza de una partida: quedó disponiéndose para marchar.

—¿Qué ruta toman?

—La de Taco-paya.

—Gracias, amigo. Voy a dictar inmediatamente las medidas del caso, para movilizar mis fuerzas.

—No he terminado aun, dijo el indio.

—Habla y procura ser breve: ya comprendes que no puedo detenerme.

—Llevo un mensaje para Doña Juana, murmuró Leoncio, después de un instante de vacilación.

—¡Ah!, hizo La Hera con interés. ¿Y ese mensaje?...

—No lo sé.

El español miró sorprendido a Leoncio, en cuyo rostro, impasible por lo general, se descubría la ruda lucha de dos opuestos sentimientos.

—Escucha, Jefe, dijo al fin con aire de forzada resolución. Antes de hacerte conocer el mensaje que llevo, te exijo dos solemnes juramentos sobre la cruz de Cristo; si los rehusas, eres dueño de quitarme la vida, pero no me arrancarás el secreto.

La Hera contestó sin vacilar.

—Conozca de una vez tus condiciones y las cumpliré sin restricción; pero no perdamos tiempo.

—Júrame, pues, devolverme la carta que voy a entregarte, inmediatamente que te informe de lo que ella dice.

—¿Es por cierto el mensaje?... Ahora comprendo que lo ignoras...

—¿Aceptas?

Si. Vamos pronto a tus otras condiciones.

—Sólo me queda una, pero esa es para mí la primera. Júrame por la salvación de tu alma que contenga lo que contuviese la carta, nunca buscarás la ocasión de hacer daño a Huallparrimachi.

—¡Diablo de nombre!... Ya lo recuerdo: se llama así un joven, inseparable compañero de La Madrid y que es considerado por UU. como una divinidad. ¿No fue contra él que me hiciste destacar de Tarabuco una partida, que se volvió burlada?

—Yo no engaño tu confianza, Jefe; te comuniqué que mi propósito era presentártelo para descubrirle el peligro y ganar su amistad por ese medio, pero, que no quería que se le perjudicase.

—De todos modos, puedes estar seguro de que yo no hubiese consentido en que se jugase semejante farza a mis soldados, sin la carta de eficaz recomendación del criollo amigo de Aguilera y ardiente servidor del Rey nuestro amo. Me apresuro a hacerte justicia: has correspondido perfectamente a lo que respecto a tí prometía D. Remigio.

—Y ahora, dijo Leoncio, ¿juras cumplir las condiciones que te impongo?

La Hera colocó con solemnidad la mano sobre la cruz de su espada.

—Lo juro como católico y como militar, contestó con tal acento de sinceridad y resolución, que consiguió desvanecer las últimas vacilaciones del indio.

Sacó del seno el papel que le confiara Juan, y lo presentó a La Hera.

—Es de Huallparrimachi, dijo con emoción.

El Jefe realista recorría ansiosamente aquellas cortas líneas y quedó profundamente pensativo. La voz grave de Leoncio lo volvió a la realidad de la situación.



—Necesito la carta para continuar sin tardanza mi camino, dijo impaciente; he perdido ya mucho tiempo.

—No: exclamó La Hera, lo has ganado.

Y junto con el aviso, puso en sus manos dos onzas de oro, que guardó el indio con indiferencia.

—¿Vas directamente al Villar?, le preguntó el español con interés.

—Antes debo ver a D. Remigio en Sopachui.

—De ningún modo, exclamó La Hera. La menor demora, la más pequeña indiscreción, lo desbarataría todo. Nadie, entiendes bien?, nadie sino la viuda de Padilla, debe conocer el contenido de la carta, porque solo así lograremos que caiga en nuestras manos; y diez victorias no nos importarían tanto como la captura de esa endiablada rebelde. Secreto, pues, y celeridad, ¿me lo prometes?

—Yo busco la venganza, contestó Leoncio, y ayudo y obedezco a los que me la proporcionen. La carta irá en alas del viento a su destino. Adiós, jefe.

—Di hasta la vista, porque estoy en la obligación de recompensar tus servicios a la causa del Rey nuestro Señor.

## XIII

### DEDUCCIONES

La Hera esperó a que Leoncio se alejase un tanto y llamó a uno de sus asistentes.

—Presente, mi General, dijo nuestro ex-seminarista, cuadrándose militarmente.

—Era U. a quien necesitaba, cabo Pérez.

—Cueto Pérez, si lo tiene a bien, mi General. ¿Debo seguir mi peregrinación tras los talones del indio?

—Pero esta vez sin que él lo advierta. Se trata de no perderlo de vista durante pocas horas. Si toma el camino a la frontera, lo deja U. en paz... ¿U. conoce todos los que allí conducen, no es cierto?

—Tanto o mejor que el fondo de mi bolsa, lo que no es poco decir, mi General, porque siempre está vacía.

—Ya procuraremos llenarla con los despojos del enemigo. Decía, pues, que si nuestro hombre sigue resueltamente su camino, lo deja U. marcharse; mas, si vuelve sobre sus pasos, le da sin ceremonia su pasaporte para la eternidad. Hoy traiciona a La Madrid, mañana puede hacerlo conmigo... No hay misericordia que guardar con los traidores.

—De acuerdo, mi General, dijo Pérez con aire satisfecho. Debo, pues, evitar a todo trance que vuelva a reunirse con los pa... rebeldes. Acepto esta comisión de mejor gana que las anteriores.

—Y esta tarde regresa U. sin falta. Sus conocimientos del terreno en que vamos a maniobrar, me serán muy útiles.

Cueto Pérez irguió su pequeña talla para ponerse a la altura de su importancia.

—De paso, prosiguió el Jefe, diga U. que me llamen al Mayor Espartero.

—Aquí me tiene U., General, contestó el joven Baldomero, destinado a adquirir más tarde una gran notabilidad en España. Llegaba precisamente en este momento a verme con U.

Cueto Pérez, a una señal de La Hera, llevó la mano al morrión, giró correctamente sobre sus talones y salió de la tienda, convencido de que él era el hombre de la situación, como diríamos ahora.

—¿Tenemos alguna novedad?, preguntó La Hera a su segundo.

—El esperado aviso de la salida de los rebeldes, acaba de llegarnos.

—¿Toda la fuerza de los insurgentes ha abandonado Tarabuco?, exclamó sorprendido el Jefe.

—Todavía no; pero no tardará en seguir a la partida que se ha destacado.

—Esa es otra cosa, repuso satisfecho La Hera. ¿Qué camino ha tomado esa pequeña fuerza?

—El de Taco-paya.

—Justamente.

—¿Lo sabrá Ud., mi General?

—Sin duda. Va conducida por D. Esteban Fernández.

—¡Ah!, hizo Espartero con sorpresa; yo lo ignoraba. De suerte que, nos ponemos inmediatamente en movimiento.

—No: contentémonos con enviar unos 25 hombres para que se entretengan en

pícar la retaguardia a la columna de Fernández.

—Pero, esa nuestra pequeña fuerza corre el riesgo de encontrarse entre dos fuegos y ser sacrificada, General.

—Pierda U. cuidado. Mayor: La Madrid con el grueso de su tropa, no seguirá a Fernández.

El rostro del joven expresó la duda.

—No, no seguirá a Fernández, repitió con fuerza el Jefe.

—Si tiene U. esa evidencia...

—Lo creo firmemente, basado en mis propias deducciones.

—¿Y el fundamento de ellas, mi General?

—Es una carta de aviso escrita a la viuda de Padilla.

—¡Ah!, exclamó Espartero prestando viva atención; ¡y ella ha revelado a U. el plan de La Madrid!

—No, pero me ha dado la clave para deducirlo. La columna de Fernández lleva el único objeto de entretenernos en su persecución, y lanzarnos por el camino de Taco-paya, mientras se nos escapa La Madrid con los suyos por el de Sopachui, donde cuenta que se le reunirá Doña Juana.

—Parece increíble que esa combinación sea fruto de la atolondrada cabeza de La Madrid.

—Tampoco debemos fiarnos en la firmeza de su resolución; y la prudencia nos impone permanecer en expectativa hasta el último momento; pero, es indispensable, mientras tanto, que aparentemos haber caído en la trampa que nos han preparado. Envíe U. sin más tardanza esos 25 hombres de caballería en persecución de Fernández, y que vayan persuadidos ellos mismos de que no tardaremos en seguirlos para que propalen la noticia y llegue a conocimiento de los rebeldes. Espero el regreso de U. para concertar definitivamente mis medidas.

## XIV

### CARMEN

Es tiempo ya de que volvamos la vista hacia las personas que, agitadas por tan diversos y opuestos sentimientos, dejamos a mediados de mayo, en las esmaltadas orillas del río de Orkas.

La locuacidad del ex-estudiante Cuento Pérez, nos ha informado de que vió a D. Remigio como enviado de Leoncio. Fácil es comprender que éste se hubiese apresurado a comunicar a Ronsardes la resolución de Juan de acompañar a La Madrid y tomar parte en el proyectado ataque sobre Chuquisaca. Estas noticias

desvanecieron el recelo que abrigaba D. Remigio sobre el pronto regreso de Juan y las tentativas que hubiese podido hacer para ver a Blanca, a quién, por este temor, tenía sujeta a dura vigilancia. Contando desde entonces con entera tranquilidad para disponer de su tiempo, el rencoroso criollo lo empleó en mantener cautelosa pero activa correspondencia con sus amigos realistas de la frontera, sin que nadie se atreviese a turbar la independencia de un hombre escudado por la protección de Doña Juana.

Mientras que D. Remigio se entregaba en cuerpo y alma a sus tenebrosas intrigas, Blanca languidecía sola y postergada en las preocupaciones, ya que no las afecciones de su padre. Y pasaban los días sin traerle una noticia de Juan que la consolase en su abandono. ¡Juan la había, pues, olvidado o había muerto!... Y el corazón de la pobre niña se oprimía con angustia y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Casi siempre sola en la cabaña sin más sociedad que la de los esclavos que habían traído para el servicio, pues Ronsardes se ausentaba con frecuencia en misteriosas excursiones, solía Blanca seguir por largo espacio aquella senda por la que, en época no lejana, veía avan-

zar con paso rápido la esbelta y hermosa figura de su amado.

En la tarde del 11 de junio, cuando la altura del sol le anunció que podía hallarse de regreso D. Remigio para ponerse ya a la mesa, la rubia niña, con el cuerpo fatigado y adolorida el alma, tomó lentamente el camino para volver a la cabaña. Su mirada suave y melancólica, que vagaba sin objeto por los campos, agostados por el invierno, se fijó de pronto en una mujer que, en actitud suplicante, parecía esperarla.

—Si es a mí a quien te diriges, ¿por qué no te aproximas?, le dijo Blanca.

La belleza y el acento bondadoso de la niña, parecieron disipar el recelo de la desconocida. Avanzó hacia Blanca, ofreciendo a sus ojos un tipo perfecto de la hermosura femenil de su raza.

—Yo te imploraba como una imagen aparecida, virgencita mía, dijo a la joven en su armonioso y poético lenguaje. No me atrevía a hablarte temiendo que te desvanecieses como una ilusión. ¿Eres tú, por dicha mía, dueña de aquella cabaña?

—Allí vivo. ¿Y tú, de dónde vienes?

—De lejos y fugitiva.

—¿Fugitiva?... ¿Puedes haber causado daño tú, tan joven y hermosa?

—¿Daño yo?... ¡Oh! sí: ahora lo ha-

ría para vengarme de todo lo que he sufrido.

—¡Pobrecilla! ¿Y tu familia, tus padres?...

—A mi madre la mataron los soldados a mi vista, dijo la joven, ahogando un sollozo; ignoro hasta hoy la suerte de mi padre.

—Otra víctima de los horrores de la guerra, pensó Blanca con tristeza. ¿Y, a dónde diriges ahora tus pasos?, preguntó a la india. ¿Eres por ventura de estos lugares?

—No; pero los he recorrido con frecuencia y los conozco perfectamente. No me detendré en ellos, sin embargo, sino el tiempo que necesito para dar algún descanso a mi fatigado cuerpo. Me dirijo al Villar, hermosa niña, en demanda de la protección de la Providencia de los míos, la noble Doña Juana.

—Pues bien: yo tengo motivos de inmensa gratitud hacia la ilustre viuda de Padila y bendigo a Dios por la ocasión que se me presenta de ofrecerte seguro y descansado asilo, a ti a quien me ligan iguales sentimientos por nuestra protectora. Dime tu nombre, hija mía.

—Carmen.

—Ven conmigo: voy a conducirte a casa.

—¿Vives sola, virgencita mía?



—No: mi padre me acompañaba.  
—Avisame su nombre para bendecirlo en unión del tuyo.  
—Yo me llamo Blanca y mi padre D. Remigio Ronsardes.

—¡Ronsardes!... ¡Remigio Ronsardes!, repitió Carmen, estremeciéndose violentamente, como si hubiese recibido un terrible golpe.

Blanca la miró sorprendida.

—¿Por qué te causa extrañeza ese nombre?, preguntó a la india.

Un fuego sombrío y amenazador hizo brillar los negros ojos de Carmen; pero al cruzar su mirada con la suave y angelical de la niña, ocultó el rostro entre sus manos y prorumpió en sollozos. Blanca sobrecogida ante aquel estallido de dolor, cuya causa no alcanzaba a explicarse, guardó silencio.

No tardó Carmen en sobreponerse a su emoción, y alzando su inclinada frente, dijo a la joven con acento conmovido y dulce.

—No: sería una injusticia odiarte a tí, tan pura y bondadosa. Yo rogaré a Dios que aparte de tu cabeza el castigo que reserva al culpable. Adios, inocente y hermosa niña. ¡Adios!

Y se alejó precipitadamente dejando a Blanca presa de una vaga y dolorosa inquietud.

## ¡POR FIN!

Tampoco se hallaba Ronsardes más tranquilo. Desde la última noticia que le enviara Leoncio de la derrota sufrida por los patriotas en Cachimayo, esperaba por momentos conocer los resultados de ella, y las operaciones ulteriores de vencidos y vencedores. Llegaba a creer, en vista del silencio, del indio, que vendría personalmente a darle los importantes y decisivos informes que necesitaba para po-

nerse en acción, como lo tenía ya resuelto; y con esta esperanza, permanecía la mayor parte del tiempo en impaciente espera en el sitio que había designado a Leoncio para recibir sus avisos.

A la misma hora en que Blanca volvía de su solitario paseo, cuyo inesperado término acabamos de ver, D. Remigio, perdiendo la esperanza de recibir también ese día, al esperado mensajero, resolvió regresar a la cabaña después de fijar por última vez su escudriñadora mirada a la distancia; pero quedó clavado en el sitio al distinguir un hombre que marchaba rápidamente hacia él.

—¡Ricchariy!, dijo el viajero a modo de salutación, mirando con fijeza a Ronsardes.

—Te esperaba, contestó éste. ¿Quién te envía?

—Leoncio.

—¿De dónde?

—De Lupicara.

—Conozco ese lugar: dista pocas leguas de Tarabuco. ¿Qué te encargó Leoncio que me dijese?

—Mi hermano llevaba una carta de los rebeldes para Doña Juana.

—¡Maldición!, exclamó Ronsardes. ¿Y no se le ocurrió venir por aquí para mostrármela?

—Corría prisa llevarla a su destino para el mejor servicio del Rey.

—¿Qué sabía el necio?

—Así se lo aseguró el Jefe de los realistas.

—¿A quién dio sin duda conocimiento de la carta?

—Sí.

—¡Bien!, dijo Ronsardes satisfecho. ¿Es eso todo?

—Me encargó también decirte que los rebeldes salían ese mismo día de Tarabuco con dirección a la Laguna, por el camino de Tacopaya.

—¿Ese mismo día?... ¿Qué día fue ese?

—Ayer. Sepa que el Jefe blanco queda advertido, añadió mi hermano, y que él se prepare con los suyos para ayudarlo en el gran golpe que medita para exterminar a nuestros enemigos.

—¡Por fin!, exclamó Ronsardes con tan cruel expresión de gozo, que hizo retroceder al mensajero, ¡Oh!, yo juro que por mi parte, no dejaré nada que desear la fiesta.

Pocos momentos después, despedía al enviado de Leoncio, recompensado generosamente, y volvía a su casa, entrando a su habitación sin dirigir una mirada a la olvidada Blanca. Esta oyó los

## Ediciones ISLA

Casilla N° 4311 — La Paz - Bolivia

### COLECCION NOVELISTAS BOLIVIANOS:

EL TATA LIMACHI por R. Botelho Gosálvez.  
BORRACHERA VERDE por R. Botelho Gosálvez.  
CELESTE por Armando Chirveches (En prensa).  
CRUZ DE ALDEA por Porfirio Díaz Machicao

### COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS:

MELGAREJO Y SU TIEMPO por M. Rigoberto Paredes.  
LA FUNDACION DE BOLIVIA por M. Rigoberto Paredes.  
LA REVOLUCION DEL 16 DE JULIO por Pedro José Yáñez de Montenegro.

### COLECCION BIBLIOGRAFIA:

BOLETIN BIBLIOGRAFICO BOLIVIANO (Circulación periódica) Nos. 1, 2, 3 y 4.

### COLECCION DESTINOS:

- I JOSE ROSENDO GUTIERREZ por M. Rigoberto Paredes.
- II VICENTE PAZOS KANKY por Ismael Sotomayor y Mogrovejo.
- III LA TRAGICA VIDA DE ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO por Antonio Paredes-Candia.
- IV HUALLPARRIMACHI por Lindauro Anzoategui de Campero.
- V FRANZ TAMAYO, EL POETA FILOSOFO por Julio Díaz Arguedas.
- VI ANTONIO AVILA JIMENEZ por Oscar Rivera-Rodas.
- VII LA SOLITARIA VIDA DE GABRIEL RENE-MORENO por Juan Siles Guevara.
- VIII NESTOR GALINDO por Gabriel René-Moreno.
- IX ADELA ZAMUDIO por Alfonsina Paredes.
- X LA VIDA EJEMPLAR DE ANTONIO GONZALEZ BRAVO por Antonio Paredes-Candia.

Lindauro Anzoategui de Campero

HUALLPARRIMACHI

Ediciones ISLA



13 48557  
"Huallparrimachi", biografía novelada del cé-  
lebre guerrillero y exquisito poeta quechua,  
Juan Huallparrimachi, escrita por Lindaura  
Anzoategui de Campero, es el cuarto cuader-  
no de la **Colección Destinos de Ediciones ISLA.**

---

Edición limitada de 500 ejemplares

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO  
(NOVEL)

Primera edición Potosí — 1894  
Segunda edición La Paz — 1967

# HUALLPARRIMACHI

Printed in Bolivia — Impreso en Bolivia

---

LA PAZ - BOLIVIA  
Ediciones ISLA  
1967



## HUALLPARRIMACHI (1)

---

(1) El Sr. Octavio Moscoso en sus estimables "Apuntes Biográficos de los Próceres y Mártires de la guerra de la Independencia del Alto Perú (hoy Bolivia), dice: que "Juan conocido con el nombre de Huallpartimachi, que eligió por "carifio en memoria de uno de sus antepasados, "pertenecía por su madre a la estirpe de los Incas, y a la de los reyes de España por su padre. "El célebre caudillo D. Manuel Asencio Padilla, "tomó a su cargo la suerte de Juan, cuyos dotes "físicos y morales, le granjeaban la simpatía general. Poseía un talento sobresaliente y un corazón tan tiernamente apasionado, que todas sus "poesías, escritas en el idioma de sus abuelos, respiran una dulce melancolía y en veces un dolor "tan intenso, que desgarran el alma". Sentimos no conocer las poesías aludidas.

Según el autor a que nos referimos, Huallparrimachi murió en el hecho de armas del 2 de agosto de 1816; nosotros nos permitimos hacerlo figurar algunos meses después, contando con que nuestros lectores nos perdonarán este inofensivo anacronismo.

## JUANA AZURDUY DE PADILLA

Estamos a mediados del mes de mayo de 1817, época del año en que la bella estación de las flores y de las mieses, parece que vacila en entregar su dorado cetro, al soplo devastador del invierno. El día ostenta toda la galanura de las últimas sonrisas del otoño. La brisa, tibia como una caricia, mece suavemente el espeso follaje del corpulento ceibo, bajo cuya sombra detienen sus pasos un apuesto mancebo de tostado rostro, de

negros e inteligentes ojos y de esbeltas formas, y una arrogante mujer, cuyo severo perfil romano y mirada profunda y avasalladora, imponen la admiración y el respeto. El vestido negro que la cubre, realza la majestad de sus formas y la blancura de su tez, dorada por nuestro esplendoroso sol tropical.

La hermosa mujer decía al mancebo.

—Ya ves que la comisión de que te encargo, valía la pena de que hubiese venido personalmente en busca tuya.

—Te lo repito, Juana: yo habría acudido al Villar en el acto de recibir tu aviso.

—¿Podía contar con tu exactitud conociendo la sensibilidad de tu corazón y los encantos de la preciosa hija de Roncades?

La frente del joven se tiñó de un vivo encarnado; pero su interlocutora, suavizando el sonoro timbre de su voz prosiguió, sin darle tiempo para replicar.

—No te lo reprocho, Juan; pero, no olvides que Blanca es hija del mejor amigo, del más cruel y activo cómplice de Aguilera.

—¡Oh!, dijo vivamente el joven, si lo fue en hora menguada para él, la severa lección que ha recibido de los nuestros, lo volverá a la buena causa a que perteneció antes.

—No, no lo dudo, le interrumpió vivamente Juana. Y por lo que toca a La Madrid ¿sería tan insensato que rechazase las fuerzas, los recursos y la gloria que le ofrecemos? El compromiso que le llevas, firmado por mí y por los otros Jefes, le probará la buena fe de nuestras proposiciones y el sincero deseo de colocarlo a la cabeza de nuestras divididas tropas. Su presencia hará cesar las rivalidades que existen, por desgracia, entre nuestros caudillos, y levantará el decaído espíritu de los patriotas; así unidos, terminaremos de una vez con las salvajes depredaciones de Aguilera, y dueños de estas espléndidas regiones, con fuerzas y recursos suficientes, podremos pensar, con la seguridad del triunfo, en adueñarnos de las importantes plazas de Potosí y Chuquisaca.

—Y vengar dignamente a tu esposo, a mi querido protector, al ilustre Padilla, exclamó con generoso ardimiento el joven.

—¿Vengarlo?, contestó la heroica viuda del mártir. ¡No! la venganza es una pasión ruin y baja; que el móvil de nuestras acciones sea solo el amor a este hermoso suelo, para poderlo ofrecer algún día libre y feliz a nuestros hijos. ¡Dichosos los que, siguiendo el noble ejemplo de mi esposo, riegan con su sangre

generosa este suelo bendito, en demanda de libertad y gloria.

Y los azules y avasalladores ojos de la heroína, se humedecieron a impulsos de su santo entusiasmo.

—Te admiro y te venero, hermana mía, murmuró el mancebo, profundamente conmovido.

Después de un breve instante de silencio, repuso Juana con el acento irresistible con que señalaba el camino de la victoria o el de la muerte, a miles de hombres que la seguían electrizados.

—Marcha, pues, a cumplir con resolución y entera fe, la importante misión de que te encargo, y procura que el éxito corresponda a mi confianza.

—Te juro no volver sin La Madrid, dijo el joven.

—Gracias, hijo mío. Me dice el corazón que cumplirás tu juramento.

Y extendiéndole los brazos, añadió con maternal ternura.

—Abrázame, Juan, y digámonos hasta muy pronto. Dios te proteja, hijo mío, y te bendiga como te bendigo yo, con toda mi alma.

Huallparimachi recibió con filial respeto, aquella cariñosa demostración; y Juana Azurduy de Padilla cuyo nombre basta para inmortalizar su patria, se

alejó de aquel sitio con el paso tranquilo y lleno de dignidad que la caracterizaba.

El diálogo anterior tuvo lugar, como lo dijimos, al pie de un soberbio ceibo que se alzaba solitario a orillas del rápido y abundoso riachuelo de Orkas, en las cercanías del modesto pueblo de Sopachui, cuyo nombre debía figurar en breve en la heroica lucha de nuestra Independencia.

II

BLANCA

Cuando Juan hubo perdido de vista a su ilustre interlocutora, se envolvió en el finísimo poncho de vicuña que abrigaba y dibujaba al mismo tiempo sus esbeltas formas, y tomó con paso rápido la senda que orillaba el río, abierta entre el dorado pasto de los campos, matizados aun con las últimas flores de la estación.

Después de veinte minutos de marcha, llegó a la vista de una cabaña colo-



cada ventajosamente en la falda de una colina. Un hermoso tarco, que lucía entre su verde follaje una que otra de sus moradas y fragantes flores, le prestaba deliciosa sombra. Juan se detuvo al apercebir en el pequeño corredor de aquella humilde casa el blanco vestido de una mujer, absorta en la contemplación del eterno verdor de los bosques, que parecen empeñados en cubrir, con incansable solitud, las profundas quiebras de aquellas elevadas montañas. El joven avanzó sin ruido.

—¡Blanca!, murmuró dulcemente.

La rubia y delicada niña se volvió con un ligero estremecimiento.

—¡Juan!, exclamó, brillando en sus azules ojos un rayo de alegría. Casi he tenido miedo... No te esperaba aún.

El mancebo estrechó contra su agitado corazón las pequeñas manos que se le abandonaban.

—He anticipado la hora, amada mía, contestó con acento bajo y apasionado, porque necesito conocer hoy mismo la voluntad de tu padre sobre mi destino.

—No te comprendo, murmuró Blanca, palideciendo.

—¿No sufres como yo con la incertidumbre de nuestra situación? ¿Podemos permanecer por más tiempo disimulando este amor que nos abrasa el alma?

—¿Disimulando? ¡Oh! no: a mi me hubiera sido imposible... Estoy cierta de que mi padre lo ha comprendido, y jamás me ha dado a entender que lo desaprobaba.

—¿Y su silencio basta para satisfacer, amada mía? ¿No has olvidado lo ceremonioso y reservado que se muestra conmigo?

La amistad no brota como el amor, Juan, del cambio de una sola mirada... —Hace tan poco tiempo que mi padre te conoce! ¿por qué no esperar a que te conozca mejor y te estime como lo mereces?

—¡Esperar aún!, dijo Juan tristemente. ¿Podemos contar con el tiempo, por ventura? ¿No sería posible que, de un instante al otro, resolviese tu padre su regreso? ¿qué pretexto habría ya que disculpase mi permanencia cerca de ti?

—Es verdad, murmuró Blanca con angustia.

—¿Comprendes ahora mi resolución de hablar hoy mismo a D. Remigio?

—No lo hagas en este momento, repuso vivamente la joven.

—Y ¿por qué, Blanca mía?

—Si te lo digo, vas a burlarte de mis aprensiones, Juan.

—No: te lo juro. Nuestra situación es tal, que no debemos desdeñar el más pequeño incidente.



—Escucha, pues, dijo la joven en voz baja y precipitada. Hace más de una hora que mi padre se ha encerrado en su habitación con aquel hombre de que te he hablado alguna vez.

—¿Y qué te inspira temor, medrocilla.

—¡Si tú lo conocieses, Juan!... Un día llegó en compañía de mi padre, nunca he sabido de donde... Taciturno y sombrío, lo seguía desde entonces como su sombra... Se quedó en Tarbita cuando nos vimos obligados a venir aquí... De eso, ¿lo recuerdas?, hace un mes...

—¿Puedo olvidarlo, Blanca?... ¿He sido tan dichoso durante este corto tiempo!

—Esta es la tercera vez que busca a mi padre aquí... Debe ser portador de malas nuevas, te lo aseguro, Juan, porque mi padre queda preocupado y displicente después de sus entrevistas con ese hombre.

—Sea de ello lo que fuere, ¿cómo podrían influir esos asuntos sobre la resolución de tu padre respecto a nuestra suerte?

—Deja que pase la perniciosa influencia de ese hombre. Mi padre no tardará en calmarse, y mañana... murmuró la niña, ruborizándose vivamente.

—¡Mañana será tarde!, interrumpió Juan con tristeza. Mañana estaré lejos de tí.

Blanca lanzó un grito.

—¿Abandonarme?, exclamó, a punto de desfallecer.

Al grito de la joven, se entreabrió la puerta del cuarto situado a uno de los extremos del corredor, y asomó por ella la cabeza de un hombre.

¿Qué sucede, Blanca?, preguntó sobresaltado.

—Juan habla de abandonarnos, padre mío, contestó la joven, sin disimular su desconsuelo.

D. Remigio salió vivamente al corredor, cerrando previamente la puerta.

—¿Abandonarnos?, exclamó, clavando en el mancebo una mirada que hacía parecer siniestra el color indeciso y claro de sus pupilas. ¿Desde cuándo lo proyecta U., D. Juan? Ayer no nos dijo U. una palabra al respecto.

—Es verdad, contestó el joven con visible embarazo, pues la sombra misma del disimulo, repugnaba a su leal naturaleza. Pero juzgo que mi presencia aquí se hace ya innecesaria.

—Comprendo el deseo de U. de volver al lado de Doña Juana, repuso Roncades.

Juan se contentó con hacer un ligero movimiento de cabeza.

—¿Y se marcha U. muy pronto?, insistió D. Remigio.

A esta pregunta neta y directa, dijo resueltamente el mancebo.

—¿Querría U. concederme un momento de entrevista, Sr. Ronsardes?

—De mil amores; y si desea U. hablarme a solas...

—Al contrario: ruego a U. que la Señorita Blanca nos honre con su presencia.

Un relámpago de sombrío contento, alumbró las claras y frías pupilas de D. Remigio; mientras sus delgados y descoloridos labios sonreían bondadosamente al señalar a Juan que pasase a la habitación que servía de sala y de comedor en la modesta cabaña. Indicó al joven una silla, y él y Blanca tomaron asiento en un tosco banco.

—Me tiene U. a su disposición, dijo al mancebo.

Juan profundamente emocionado y con voz trémula y baja contestó.

—Gracias por su condescendencia, Sr. Ronsardes; crea U. que al solicitarle esta entrevista, no he olvidado que nuestras relaciones son de época muy reciente.

—Hay relaciones... mi joven amigo, repuso D. Remigio con alentadora amabilidad. La que me liga con U. tiene profundas raíces en mi gratitud; porque a mi vez me precio de tener buena memoria, y los señalados servicios.

—¡Oh!, interrumpió vivamente Juan, no los recuerde U., caballero, en este momento sobre todo, en que yo vengo a pedirle de rodillas la felicidad de mi vida... Quiero deberla tan solo a la bondad de su corazón, no como un premio... Amo a la hija de U., la amo desde el primer instante en que tuve la dicha de conocerla... y de este mi profundo amor, jamás he hecho un misterio, como no lo hago de la sangre que corre por mis venas.

—Sangre real, sangre de los legítimos soberanos de este dilatado Imperio, dijo gravemente Ronsardes.

Blanca se estremeció. La ironía que, en boca de su padre, encerraban esas palabras, oprimió el corazón de la delicada niña, mientras el mancebo, presa de sus apasionados sentimientos, prosiguió con vehemencia.

—U. ha podido, pues, leer en mi corazón como en un libro abierto, y la tácita aprobación que ha dado a mi amor, me alienta a declarárselo oficialmente.

Y poniéndose de pie en actitud respetuosa.

—Sr. Ronsardes, dijo: tengo el honor de pedir a U. la mano de su hija, la Señorita Blanca.

Dn. Remigio comprimó con fuerza sus delgados labios, y con una mirada de

odio implacable, bañó la varonil e inclinada cabeza de Juan; pero todo ésto con tal rapidez, que ni Blanca pudo notarlo.

—¡Petición bien extraña, contestó con pausado acento, cuando acaba U. de notificarnos su ausencia!

—Pero es por eso mismo, repuso Juan con vehemencia, que quiero obtener la promesa de mi dicha.

—¿Y ligar imprudentemente el destino de mi hija al suyo, en el momento en que quizá compromete U. su vida en una nueva arriesgada empresa?, objetó Ronsardes, clavando sus aceradas pupilas en el franco y expresivo rostro del mancebo.

—Esa suposición carece de fundamento, replicó Juan, con una ligera vacilación que no escapó a D. Remigio.

—Quiero creerlo, respetando el secreto de que rodea U. el objeto de su marcha; pero, a mi vez, me asiste el derecho de exigir a U. su palabra de honor de que ese imprevisto viaje no obedece a ningún plan que pueda comprometer ni su libertad ni su vida.

Juan vaciló de nuevo, presa de una dolorosa agitación. Su naturaleza franca y leal se revelaba abiertamente ante la idea de apelar a un subterfugio para adormecer la confianza del padre de su amada, y arrancarle así un compromiso del

que, sin embargo, dependía toda su felicidad.

—Esa promesa sería insensata, dijo por fin con resolución. ¿Quién puede responder, en los momentos actuales, ni de su independencia ni de su vida?

—¿Lo ve U.?, contestó Ronsardes, encogiéndose fríamente de hombros. A pesar de todo, no quiero sentar plaza ni de ingrato ni de precipitado. Concédame U. unas horas, sólo unas horas de reflexión, y mañana...

—¡Imposible!, exclamó Juan impetuosamente. Ahora o nunca.

—¡Ah!, dijo secamente Ronsardes; si llevamos tan serio asunto a paso de carga, comprenda U. D. Juan que mis deberes de padre no permiten que comprometa así, a la ligera, el porvenir de mi hija. Supongo que hemos terminado tan enojosa y estéril entrevista.

Y D. Remigio se puso de pie con inflexible resolución.

La pobre Blanca había escuchado en silencio el modo como se disponía de su corazón y de su porvenir sin tener en cuenta para nada su voluntad; pero las últimas palabras de su padre la estremecieron, sacándola de su sumisa e inerte obediencia. Se incorporó vivamente, y extendiendo a Juan sus pequeñas y blancas manos, le dijo con firmeza.

—Sabes que eres mi primer amor, y ahora te juro que serás el último.

—¡Insensata!, gritó Ronsardes, lanzándose a ella para imponerle silencio.

Te amo, Juan... ¡Adiós!, murmuró Blanca, cayendo desvanecida sobre su asiento.

—¡Eal, concluyamos de una vez esta escena ridícula, exclamó fuera de sí D. Remigio. ¿No oye U. que se le despide?

Juan, sin escucharlo, se había arrojado a los pies de Blanca, y llevando a sus labios la orla de su vestido, murmuró con infinito amor.

—Yo no te digo ¡adiós!... Tengo tu promesa y volveré a reclamarla.

Y sin dirigir ya una sola mirada a Ronsardes, se lanzó fuera de la habitación.

### III

## EL ESPIA

Cuando las indecisas sombras de la noche empezaban a luchar con la última claridad del día, D. Remigio salió sin ruido del cuarto de Blanca que recostada sobre su lecho, gozaba de un sueño reparador, después de la larga crisis que había seguido a su desmayo.

En uno de los extremos del corredor, en la puerta de la habitación de Ronsardes, se hallaba agazapado un indio, con la cabeza sepultada entre sus rodillas y completamente inmóvil.

—Leoncio, llamó en voz baja D. Remigio.

—Te esperaba, contestó el interpelado en su expresivo idioma.

—Entra, repuso Ronsardes abriendo la puerta del cuarto: tenemos que tratar de un asunto muy serio.

Una vez en la habitación, cerró cuidadosamente la puerta D. Remigio, y encendió la vela que se hallaba sobre una mesa. La luz dió de lleno en el rostro grave y frío de Leoncio.

Las noticias que me has traído hoy, no pueden ser mejores, dijo Ronsardes, sin alzar la voz. Así, pues, los nuestros están prevenidos y sólo esperan una ocasión para lanzarse y acabar con los malditos rebeldes. Esa ocasión, Leoncio, es la que necesitamos buscar, y yo creo que no tardaremos en encontrarla.

—Te escucho, contestó lacónicamente el indio.

—Cuando me avisaste que, a tu paso por Sopachui, habías visto con Cueto a la endemoniada viuda de Padilla, no pude calcular el motivo que la hubiese sacado de su guarida del Villar; ahora lo sé, Leoncio. Ha venido en busca del hijo adoptivo de su esposo para encargarle la ejecución de algún plan importante.

—¿Aquí?

—No: D. Juan se pone en marcha.

—¿Dónde, pues?

—Eso es lo que tú tienes que averiguar, siguiéndolo sin perderle paso. ¿Te conoce?

—No, no lo creo.

—De todos modos, debe ignorar sin duda que militas desde hace poco tiempo en la sagrada causa del Rey: te será fácil ganar su confianza.

Leoncio miró fijamente a D. Remigio.

—¿Tentar contra la vida de Huallparimachi?, le dijo. ¡Desgraciado del que lo intente!

—¿Quién habla de amenazar su vida?, repuso Ronsardes con impaciencia; al contrario, necesitamos que viva D. Juan, porque si muriese ¿cómo podríamos saber los planes de los insurgentes?

—¿Debo marchar en el acto?, preguntó el indio.

—Sí: en cuanto concluyamos, porque temo que D. Juan se ponga en marcha al amanecer.

—¿Qué esperas, pues?

—Saber de qué medios te valdrás para darme avisos, si es que tú no puedes venir personalmente.

—En todas direcciones hay hermanos que, como yo, tienen que vengar ultrajes: ellos se prestarán a traerte esos avisos.

—¿Y cómo reconoceré a los mensajeros?



—Los que yo te envíe, te dirán una palabra.

—¿Cuál?

—¡Ricchari! (1)

—Bien. Toma esta bolsa que contiene cincuenta pesos fuertes; si te parece poco, dímelo.

D. Remigio sacó del cajón de la mesa una carta que alcanzó al indio diciéndole.

—Guarda cuidadosamente este papel: lo escribí esta tarde. Es una recomendación en favor tuyo para que los realistas puedan fiarse de tí y prestarte su apoyo, en caso necesario.

Leoncio lo colocó en su seno.

—¿Te queda algo más que prevenirme?, preguntó a Ronsardes.

—Sí. Advierte a tus mensajeros que no me busquen aquí en casa: la prudencia no daña nunca. La hondonada que te mostré hoy, será el lugar en que los espere.

—Descuida: se cumplirá tu deseo. Estoy despachado, ¿no es verdad?

D. Remigio, sin contestar de pronto clavó en Leoncio su mirada fría y dura como una punta de acero.

—Confío, le dijo, en que no se ha enfriado en tu corazón el santo y legiti-

(1) ¡Despierta!

mo deseo de venganza que ahora tres meses lo abrasaba, cuando te encontré sólo, desesperado y miserable sobre las humeantes ruinas de tu cabaña, entre cuyos escombros habías encontrado el cadáver de tu esposa.

—¿Por qué me lo recuerdas ahora, murmuró el indio con voz sorda y estremeciéndose violentamente.

—Entonces podía yo favorecerte, prosiguió Ronsardes con implacable calma, y no vacilé en ponerte bajo mi protección, olvidando que acababas de servir de emisario a los enemigos del Rey nuestro amo...

—Dí del tuyo, del amo de los blancos, interrumpió Leoncio con violencia.

—Amigo del leal y valiente Aguilera, continuó D. Remigio siguiendo el curso de sus pensamientos y sin prestar atención a las palabras del indio, era yo fuerte y poderoso con su protección. No podía sospechar que había de llegar día en que me hiciesen víctima de su feroz encono los enemigos de toda autoridad, de toda ley. ¡Oh! yo haré que paguen muy caro los infortunios que me han causado.

—¿Tus infortunios?, dijo Leoncio con desprecio. ¡La miserable pérdida de un año de tus cosechas!... Y yo... yo que confiado en la promesa de los que llama-

ba míos, marché en su servicio, dejando confiadas a su vigilancia, hogar, esposa, hija...

Un ronco sollozo ahogó su última frase.

—¡Pobre desventurado! dijo Ronsardes con tono de profunda conmiseración. Así te encontré sobre esa solitaria ruta, postrado por la desesperación. Te di fuerzas, mostrándote que te quedaba libre el camino de la venganza.

—Sí, repuso Leoncio con sombría amargura; tú fuiste el primer ser humano que se presentó a mi vista en esas regiones desoladas por las pasiones de los hombres; me hiciste concebir la esperanza de que podría rescatar a mi hija de manos de sus raptos, vengarla y vengar la muerte de mi esposa; y no dudé en abandonarlo todo desde aquel momento, y seguirte y obedecerte con la sumisión del esclavo y la lealtad del perro.

—No tengo sino motivos de elogio para tí, mi buen Leoncio, y tus servicios serán debidamente conocidos y recompensados por el Rey nuestro Señor.

Leoncio guardó desdeñoso silencio, mientras la incisiva mirada de D. Remigio, estudiaba ansiosamente sus impresiones. Pasándose la mano por su pálida frente, exclamó el indio, con reconcentrada cólera.

—¿Qué razón ha podido moverte para atormentarme así, renovándome el recuerdo de mis desgracias?

Una sonrisa de satisfacción cruel, contrajo los pálidos labios de Ronsardes.

—Voy a explicarme, contestó, y lo comprenderás. En circunstancias en que vamos a necesitar de todo nuestro valor, de toda nuestra energía, ¿no es prudente remover el puñal que nos lastima el corazón, para que ese nuevo dolor agujonee el odio y ahogue la voz de la misericordia? Vas a pasar por una dura prueba entrando quizá en relaciones con los que antes llamabas tuyos, y de todos modos, tu ciego cariño por Huallparimachi...

—No mezcles su nombre en nuestros proyectos de sangre, interrumpió sombríamente Leoncio.

—Hemos terminado, pues, repuso D. Remigio y no te detengo. ¡El Cielo vele por la sagrada causa del Rey, y dé feliz término a la empresa que te confío!

—¡Ricchariy!, dijo Leoncio, y dejó solo a D. Remigio.

# PADRE E HIJA

Ronsardes se dirigió en seguida a la habitación de Blanca, y con un signo imperioso despidió a la mujer que la acompañaba.

La joven había abandonado su lecho, y sentada, con los codos apoyados sobre una mesa y su rostro oculto entre sus pequeñas manos, sintió un doloroso estremecimiento a la aproximación de su padre.

—¿Por qué estás aun en pie?, le dijo éste.

—Esperaba a U., padre mío, contestó Blanca, alzando su rubia y encantadora cabeza.

—¿Me esperabas?... Y ¿con qué objeto?

—Necesito hablar con U., balbuceó la joven.

—¿Qué tienes, pues, que decirme?, preguntó D. Remigio, sentándose frente a su hija.

Blanca lo miró con sorpresa.

—¿Ha podido U. olvidar la escena de hoy?, dijo, confusa y ruborizada.

—¡Ah! ¿piensas todavía en las ridículas pretensiones del Inca?, contestó sardónicamente D. Remigio: yo las tenía olvidadas.

—Pero, esas pretensiones no podían ocultársele a U., padre mío, y su condescendencia las autorizaba. ¿Es culpa nuestra si interpretamos favorablemente su silencio?

—¿Qué sabes tú, criatura? ¿Puede tu ignorancia y tu inexperiencia comprender el alcance de las acciones humanas? Si he soportado ¿lo entiendes?, nada más que soportado el atrevido amor del indio, es porque así convenía a mi situación y a mis proyectos. Convenía retenerlo a nues-

tro lado como la mejor prueba de la amistad y a la protección de Doña Juana, para que, en adelante me dejasen vivir tranquilo los malditos rebeldes; y convenía, prosiguió Ronsardes con acento de implacable encono, que uno de ellos, uno de los más populares, el niño mimado de la más activa y poderosa enemiga de nuestra causa, recibiese de mi venganza un golpe de muerte en el corazón.

—¡Padrel, exclamó Blanca, trastornada ante estas brutales declaraciones, ese golpe lo ha recibido el mío... la herida durará mientras yo viva.

—¡Necial dijo Ronsardes con desdén. Cuando solo se cuentan 18 años, no hay sentimiento eterno.

—El juramento que hice a Juan, da fe de mi constancia, repuso Blanca con firmeza, y lo cumpliré.

D. Remigio miró a su hija sorprendido de hallar, en aquella criatura, resistencia a su voluntad absoluta; pero, dominando la cólera contestó a la joven con una calma más vengadora que el estallido de la indignación.

—Escúchame, Blanca. Quiero por esta vez, que será la primera y última de mi vida, abdicar de mi dignidad y de mis derechos de padre, entrando en explicaciones contigo, que des absoluta y ciega

obediencia a mis órdenes. Ten entendido que mi indisculpable condescendencia, significa para tí el completo olvido de ese amor que te envilece ante tí misma y te llegaría a hacer odiosa a mis ojos. No quiero ¿lo entiendes, Blanca?, no quiero que mi sangre española se mezcle con la degradada sangre de un esclavo; no quiero que la mano de mi hija sea el premio de un rebelde maldecido; no quiero, en fin, que tu corazón pertenezca al que defiende la causa de los que me han obligado a huir de mi casa, a abandonar el cuidado de mis intereses y a buscar este miserable asilo, como una fiera perseguida y acosada por los perros: no, mil veces no: antes preferiría verte sepultada al lado de tu madre.

—Oh!, dijo la rubia niña, dejando correr las lágrimas que llenaban sus ojos desde el principio de esta violenta entrevista, si ella hubiese vivido, ¡cuán distinta habría sido nuestra suerte! ¡Noble y bondadosa madre mía! ¡con qué dulce empeño borraba los resentimientos nacidos al calor de las pasiones de partido! Su benéfica influencia era bastante poderosa para rodear a U. del respeto de todos y calmar los arrebatos a que, por desgracia, era arrastrado U., padre mío, en esa ardiente lucha política. Ella habría

mantenido a U. en las heroicas filas patriotas, y no hubiera llegado la ocasión de oír acusar a U., como yo lo he oído, padre mío, de amigo de Aguilera y... ¡cómplice de sus crueldades! ¡Ah!, padre mío, padre mío, exclamó Blanca, juntando las manos y elevando sus azules ojos hacia D. Remigio, con una mirada de conmovedora súplica, los errores son mutuos y todos necesitamos de tolerancia y de clemencia.

Ronsardes con los ojos dilatados, los labios entreabiertos y el cuello extendido, parecía que escuchaba sin poder comprender las palabras de la joven. El estupor embargó por un momento el libre desahogo de su sorda indignación, pero la explosión llegó violenta y terrible. De pie ante la aterrada niña, lívido y convulso, murmuró sordamente.

—¡Ella acusando a su padre!... ¡dando la razón a mis enemigos!... ¡defendiendo a mis verdugos... simpatizando con ellos!...

Y extendiendo un brazo sobre la cabeza de Blanca.

—Hija desnaturalizada, exclamó con voz silbante, yo te mal...

—¡Perdón!, gritó Blanca, cayendo de rodillas y abrazándose de Ronsardes, loca de terror.

—¡Basta!, dijo, desprendiéndose brutalmente de los brazos de la joven y recobrando su fría e inflexible calma. Duerme en paz: yo velo por tí. En adelante, toca a tu sumisión, a tu ciega obediencia borrar las graves faltas que acabas de cometer contra el Cielo y contra tu padre.

Blanca vió alejarse a D. Remigio, pero no tuvo fuerzas para abandonar la humilde postura en que la dejaba, ni vencer la profunda postración física y moral que la oprimía.

—¡Oh!, murmuró con un desaliento infinito, siento que nunca podré arrancar este amor que tan hondas raíces ha echado en mi alma... Hija sumisa, no desobedeceré a mi padre... no seré de Juan, pero jamás me llamaré esposa de otro hombre.



## EN RUTA

De los varios caminos que de Sopachui conducen a Chuquisaca, todos tienen la misma monotonía abrumadora: altas, desnudas y escarpadas montañas, profundas, estériles y pedregosas quiebras que atravesar, haciéndose más sensible a cada momento, la rarefacción del aire y el frío de las regiones que se atraviesan, después de abandonar el suave y benigno clima de Sopachui.

Juan conocía perfectamente los menores repliegues de la ruta que había elegido para su marcha; y como no ignoraba que una fuerte división realista ocupaba Tarabuco, pueblo donde convergen los caminos que vienen de la frontera, no se vió absolutamente embarazado en tomar senderos extraviados, evitando de este modo el encuentro de alguna de las partidas destacadas, en observación, sobre las rutas principales. Habría preferido, como lo dijimos, marchar a pie, lo que le permitía salvar con facilidad los desfiladeros más estrechos y los barrancos más peligrosos.

Avanzaba la tarde del segundo día, de su salida de Sopachui; el viento de esas elevadas regiones soplaba con violencia y el frío dejaba sentir toda su intensidad, sin que, al parecer, lo notase el preocupado mancebo. Verdad es que en aquel momento, tenía olvidado el peligro de su situación y hasta el objeto de su importante empeño: el recuerdo de su última entrevista con Blanca, ocupaba por completo su imaginación. Deteníase con frecuencia para confiar al libro de memorias que tenía en la mano, las sentidas inspiraciones de su alma adolorida; y así, de pie, sobre el elevado sendero de la montaña, combatido por las violentas rá-

fagas del viento que desordenaban su negra y sedosa cabellera, aparecía hermoso, fuerte y esbelto como el poderoso genio de aquellas soledades.

Un agudo silbido que oyó a sus espaldas, causó al joven un vivo estremecimiento; volvió la cabeza y vió a un indio que venía hacia él con toda rapidez.

—Gracias a Dios que te alcanzo a tiempo, exclamó al llegar cerca del mancebo, y respirando con satisfacción.

—¿Es a mí a quien te diriges?, preguntó Juan sorprendido.

—Hace buen rato que corro tras de tí.

—¿Me conoces por ventura?

—¿Quién no conoce entre los de mi raza a Huallparrimachi, descendiente de nuestros legítimos Señores?

—Pero, yo no recuerdo haberte visto nunca antes de ahora.

—He servido bajo las órdenes de Padilla, tu padre adoptivo. Tú no podrías conocer individualmente a todos los soldados.

—Dime el objeto que has tenido para seguirme con tal apuro.

—Añoche me alojé en casa de un pariente, donde tú también tomaste unas horas de descanso; al amanecer, seguiste tu camino y yo el mío, que parece, por lo visto, ser el mismo, cuando hace rato des-

cubrí una partida realista, ahí, en el fondo de la quiebra que tú y yo tenemos que atravesar. Comprendí el peligro que corrías y he querido advertírtelo.

Juan miró con fijeza al indio.

—¿Puedes mostrarme esos soldados?, le dijo.

—Ven, le contestó simplemente.

El mancebo siguió a su conductor, acariciando el cañón de una pistola que llevaba al cinto. No tardaron en ganar uno de los altos pisos de la montaña, y desde allí extendió el indio una mano en la dirección que acababa de indicar. Juan vió distintamente un grupo de hombres apostados sobre el camino que momentos después hubiera debido atravesar, y el uniforme que vestían, le provó que el viajero no se había equivocado.

—Acabas de prestarme un servicio importante, le dijo, y sin embargo, no sé ni tu nombre.

—Leoncio, contestó el indio.

—Yo no tengo fortuna para recompensarte como lo mereces, repuso el mancebo, pero estas monedas te demostrarán que no soy ingrato.

Leoncio retrocedió vivamente.

—Nada me debes, le dijo; tú eres sagrado y querido para los nuestros, y todos tenemos el deber de velar por tí. Si lo

permítes, puedo mostrarte un camino que te ponga a salvo de tus perseguidores.

—Eso no me da ningún cuidado, contestó sonriendo el joven, y tampoco quiero perjudicarte desviándote del que sigues.

—Yo marchó a Chuquisaca o sus cercanías, dijo Leoncio, mirando con atención a Juan.

—Te deseo buen viaje, amigo mío, y feliz término al asunto o asuntos que te llevan.

—Solo me preocupa uno, que ocupa mis días y mis noches, murmuró Leoncio. Voy a unirme con algún grupo de patriotas que quiera utilizar mis servicios.

—¿Por qué abandonas entonces las filas de los Jefes que están en la frontera?

—La inacción que guardan, no cuadra a la sed de venganza que me estimula, repuso el indio en voz baja y sombría; quiero buscarla rápida y sangrienta.

—Debes haber sufrido mucho para sentir de ese modo, dijo Juan, interesado ante la expresión de reconcentrada amargura que revelaba el acento del indio.

—Oye mi historia, Huallparimachi, ella es corta y te explicará el odio que encierra mi corazón. Yo era bueno porque era dichoso. Mi esposa formaba mi ven-

tura y mi hermosa hija nuestro orgullo y la alegría de la casa. Un día llegó una partida de los nuestros, y el Jefe me dio una comisión para un lugar algo distante: yo me ausenté, dejándole confiadas mi casa, mi esposa y mi hija. Volví satisfecho con el cumplimiento de mi deber, sin inquietarme del silencio y de la soledad que notaba a mi alrededor, preocupado con el ansia de ver a mi mujer y abrazar a mi hija. Llego... ¡el fuego había destruido mi humilde casa!... me precipito... llamo a mi esposa... a mi hija... ¡no me responde nadie!...

Leoncio se interrumpió bruscamente: Juan, comprendiendo la intensidad de aquel dolor, no ensayó dirigir al indio palabras de banal consuelo.

—Mis manos buscan con desesperación entre los humeantes escombros, prosiguió Leoncio, sofocando con su poderosa voluntad la emoción que hacía temblar su voz, y encuentran el cuerpo de mi mujer con una herida en la cabeza y atravesado el pecho de un balazo.

—¡Asesinada!, exclamó Juan.

—Mis fuerzas se agotaron y me tendí a su lado. Entonces acertó a pasar por allí un hombre, que yo temía y odiaba por los hechos que de él se referían... Se compadeció de mis desgracias, me ayudó

a sepultar allí mismo a mi esposa, me hizo desear la vida para emplearla en la venganza, dándome la seguridad de que recobraría a mi hija de manos de sus raptos...

—¿Sabes, pues, quiénes causaron tu infortunio?, preguntó con interés el mancebo.

—Aquellos que codiciaron la belleza de mi hija, como me lo aseguró el que supo compadecerme, alentarme y ofrecerme protección y refugio.

—Nuestros enemigos, en fin, dijo Juan.

—Conoces mi pasado, mis sentimientos y mis esperanzas, prosiguió Leoncio, sin responder directamente al joven ¿me aceptarás por compañero? ¿Qué me importa el camino que tú elijas si por cualquier ruta llego al término de mis deseos? Cuando mi compañía llegue a ser inoportuna, un gesto tuyo me alejará de tu lado.

Juan vaciló aun, pero vencido por la sumisa y suplicante actitud del indio, le contestó, tras breve pausa.

—Marchemos juntos hasta mañana; entonces será llegado el caso de que tomemos la resolución que más cuadre a nuestros proyectos.

—No tendrás que arrepentirte de tu condescendencia, Huallparrimachi, exclamó

mó Leoncio con transporte. Yo que conozco a tus enemigos y los tropiezos que pueden oponer a tu paso, sabré evitarte el peligro y te guardaré con el amor de la madre cuando vigila los primeros y vacilantes pasos de su primogénito.

Los dos viajeros se pusieron en marcha, y nosotros vamos a perderlos momentáneamente de vista para dar una breve idea de la situación de las fuerzas patriotas, comandadas por La Madrid.

## EL MAYOR D. GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

El tercer ejército auxiliar enviado a las provincias del Alto Perú por el Gobierno de Buenos Aires, a las órdenes del General Rondeau, sufrió irreparables desastres en la batalla de Sipe-sipe o Viluma, y tuvo que abandonarlas nuevamente a la victoriosa autoridad española; pero Belgrano, que reemplazó a Rondeau, no desistió de aquel noble empeño, y confió al joven Mayor, D. Gregorio Araoz de La Madrid, la misión de volver al territorio alto peruano a la cabeza de

un destacamento, para ayudar y alentar los esfuerzos de los patriotas.

La Madrid se había distinguido por su valor y su arrojo, y sus primeras y felices operaciones en la toma de Tarija, confirmaron el acierto que había guiado su elección. Mas, su valor temerario y su ardorosa impaciencia, comprometían la calma reflexiva y la previsora prudencia impuestas a un Jefe, y los reveses que luego sufrió en el valle de Cinti, neutralizaron las ventajas obtenidas con sus primeros triunfos.

Derrotado, pero no escarmentado ni vencido, se halló a la cabeza de seiscientos a setecientos hombres valientes y entusiastas, y concibió el atrevido plan de apoderarse de la plaza de Chuquisaca, noticioso de que el General La Hera, con su división, se hallaba en Tarabuco, ocupado en vigilar a los caudillos patriotas de la frontera.

La noche del 19 de mayo, acampó en el pueblo de Yotala, distante nada más que tres leguas de Chuquisaca, sin que hasta entonces, ningún contratiempo hubiese venido a variar el curso de sus operaciones.

De siete a ocho de la mañana siguiente, dió la orden de marcha, que la tropa recibió con entusiasmo, colmando



la confianza que abriga el joven Comandante en el buen éxito de su empresa. Púsose a caballo a la cabeza de sus fuerzas, marchando alegremente a su destino. Al aproximarse a la casa de hacienda de Cabezas, se le dió aviso de que una partida de caballería realista se hallaba como de observación en el camino que parte de allí por el alto a Chuquisaca.

—¡Tanto mejor!, exclamó regocijado. Me gusta ver de cerca la cara del enemigo, y hacerle conocer la nuestra. ¡Atención y en sus puestos, muchachos!

Y se adelantó con sólo su ayudante para estudiar la posición de los realistas. No tardó en descubrirlos en la altura, en actitud de inquieta espera. La Madrid detuvo su caballo y dijo riendo al Oficial.

—¿Sabe U. que se me ocurre una travesura?

—¿Cuál, mi Comandante?

—Hacer creer a aquellos papamoscas que somos el auxilio que esperan de Potosí, según me lo noticiaron al salir de Yotala.

—Lo ensayaremos... Pero, yo no atino con el medio...

—Va U. a verlo, le interrumpió La Madrid.

Y colocando un pañuelo en la punta de su espada, la levantó en alto gritando al mismo tiempo.

—Bajen, que es el auxilio de Potosí (1).

Ante la acción y la voz del Mayor, se destacaron en el acto el Jefe de la partida y su ayudante, seguidos lentamente por el resto de la tropa. La Madrid retrocedió sin precipitación al lado de los suyos, y echó pie a tierra.

—Son nuestros, le dijo vivamente, y la victoria no nos costará un sólo tiro si se ejecutan puntualmente mis órdenes. ¡Silencio y completa inmovilidad! A la aproximación del enemigo un ¡viva el Rey! atronador, salvó el dardo al diablo una vez dueños de la partida.

El éxito coronó la estratagema; y un cuarto después decía La Madrid a su prisionero, el Comandante Eugenio López.

—Consuélese, compañero: estos son los percances de la guerra; pero ni U. ni los suyos tendrán que quejarse del proceder de los patriotas.

Pasando el primer momento del entusiasmo causado por este feliz desenlace, La Madrid se disponía a marchar nuevamente a caballo para seguir su marcha, comenzada bajo tan halagadores auspi-

---

(1) Histórico.

cios, cuando se lo aproximó su ayudante, en compañía de un apuesto mancebo, de moreno rostro y leal e inteligente mirada.

—Aquí tiene U. al Comandante, le dijo el Oficial.

—¿Quién es este hombre?, preguntó La Madrid.

—Asegura que es portador de un mensaje de la mayor importancia.

—Habla, muchacho, y despachate pronto.

—Lo que tenga que decir a U., Comandante, requiere tiempo y calma, contestó el recién llegado.

—Pero, si es un aviso... repuso el joven Mayor, examinando con cierta sorpresa aquella varonil y gallarda figura, llena de distinción y de nobleza.

—No traigo ninguno, Comandante.

—En tal caso, por importante que sea tu mensaje, me lo darás en Chuquisaca.

Y La Madrid puso el pie al estribo para montar a caballo. El mancebo se apoderó de la brida, y dijo al Jefe con respetuosa firmeza.

—Me escuchará U. ahora mismo, Comandante, porque mi misión es impedir la marcha de U. a la ciudad.

El joven Mayor miró con asombro al que así se atrevía a usar de la violencia para detenerlo; mas, como él era valiente

y temerario, supo estimar esas mismas cualidades en el desconocido.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó con altanería.

—Juan, por otro nombre Huallparimachi, contestó el Joven, sosteniendo sin afectación la mirada imperiosa e irritada del Jefe.

—Juan puede llamarse todo el mundo, y en cuanto al apodo que te das... ¡maldito si entiendo una jota de tu arrevesada lengua!... La broma dura demasiado, y he perdido un tiempo precioso... ¡Eal, te prevengo que si no te retiras, va a atropellarte mi brioso moro.

Juan cruzó las manos sobre el pecho y sin moverse un paso, repuso con tono resuelto y firme.

—Caigan, pues, sobre U. las funestas consecuencias de su precipitación, Comandante La Madrid!

El acento y la actitud del joven, impusieron de nuevo al Mayor.

Sepamos de una vez quién te envía autorizado para tratar de igual a igual conmigo, exclamó con impaciencia. Y U.; añadió dirigiéndose a su ayudante, que por discreción se había alejado algunos pasos, transmita inmediatamente la orden de marcha a la división: yo no tardaré en alcanzarla.

—Si me andas con esas delicadezas, te quedarás con el sermón estudiado: te lo prevengo.

—Sea como U. lo quiere: a mí no me queda la elección.

—Y bien, qué dicen los valientes caudillos que te envían?

—Deploran profundamente que el tiempo y los esfuerzos de U., sean consagrados a la imposible empresa de tomar la plaza de Chuquisaca.

—¿Tal la consideran, mi joven embajador? Y movidos sin duda por un espíritu de cristiana caridad, me aconsejan que rehaga la gloria que me brinda mi buena estrella.

—Hacen más, Comandante: ofrecen a U. fuerzas, recursos y sumisión para ejecutar, con la probabilidad del éxito, la misma empresa que U. medita, y otras de mayor consecuencia y valía. Este compromiso, firmado por ellos, es la leal expresión de sus sentimientos y de su abnegado patriotismo.

La Madrid tomó el pliego de manos del joven y lo recorrió rápidamente.

—¡La ilustre Juana Azurduy en cabeza!, exclamó con viva satisfacción. Las proposiciones son tentadoras, lo confieso; pero, si yo las rechazase, empeñado como estoy en llevar adelante mi imposible

empresa (y recalcó irónicamente esta frase). ¿Qué consecuencias me atraería mi obstinación?

—Las más deplorables para nuestra santa causa, contestó Juan con firmeza, porque la derrota de las fuerzas que U. conduce, desmoralizaría el espíritu de los nuestros, y privándonos de su valioso contingente, daría mayor aliento a los enemigos, inclinando a su favor esa porción indecisa y fluctuante de nuestras poblaciones.

—Tú te pones siempre en el peor de los casos, muchacho, dijo el joven Mayor impaciente.

—El más probable y sobre el que debemos basar nuestras deducciones.

—Yo no lo juzgo absolutamente de ese modo. La plaza de Chuquisaca tiene una pequeña guarnición en la actualidad.

—Pero aguerrida y tras excelentes barricadas.

—¡Tanto se me da de ese puñado de hombres y de esas paredes de tierra!

—La población está armada y acudiré a la primera señal de Vivero.

—¡Bah! ¡Paisamos con fusiles!... ¡Qué farsa!

—Y no puede U. disimularse que La Hera, distante más que doce leguas de Chuquisaca, volaría en su socorro.

—Me encontraría dueño de la plaza, llegándome la ocasión de aprovechar de sus recursos.

—¿Ignora U. que Vivero espera el refuerzo que debe llegarle de Potosí?

—Esta mañana se me dió ese aviso, contestó riendo La Madrid, y lo utilicé brillantemente. Ya ves que empiezo ganando la partida. ¡Magnífico comienzo!

—Pero una vez unidas las fuerzas de La Hera y de O'Relly...

—Las dejo plantadas, escurriéndome como el agua.

Juan miró al Mayor con asombro. Este prosiguió resueltamente.

—Yo probaré que La Madrid sabe cumplir hasta un imposible, cuando así lo tiene decidido. Sea yo dueño de la plaza de Chuquisaca, aunque no más que por pocas horas, y nadie me negará la gloria de la empresa. Entonces será tiempo de ir a rendir mis laureles a los pies de la inmortal Doña Juana Azurduy de Padilla, y tomar, con justo título, el preferente lugar que ella y sus ilustres compañeros me ofrecen.

—De suerte que, el ataque sobre Chuquisaca...

—Se realizará: nadie en el mundo me sacará de mis trece. Vuelve, pues, a comunicar mi resolución y mis propósitos a

los que te han enviado; y ten entendido, amigo mío, que has sabido ganar mi admiración y mis simpatías.

—¡Cúmplase, pues, lo que ha decretado el destino!, dijo el joven con profunda tristeza. Yo juré no volver sólo... Me quedo a su lado, Comandante.

—¿A participar de mi derrota?, le preguntó burlonamente.

—Yo espero que en ella pueda U. utilizar mis servicios.

—¿Y la respuesta que esperan los caudillos?

—No faltará un mensajero que lleve tan triste nueva. Mi puesto está, en adelante, donde está el peligro.

—Acepto con entusiasmo tu compañía; sólo que tropezamos con una pequeña dificultad, mi joven amigo, y es, que mi moro corre con la rapidez del viento, y en medio de tus brillantes cualidades, dudo que goces de ser alado para poder seguirlo.

A pesar de sus serias y dolorosas preocupaciones, Juan sonrió ante esta ocurrencia propia del carácter ligero y festivo del Mayor.

—No pretendo ganar el premio en la carrera, contestó el mancebo; y con la venia de U., Comandante, me ocuparé en buscar el hombre que necesito para comunicar su contestación a los Jefes.

—No te demores demasiado, muchacho.

—Cuenta U. con que llegaré a tiempo para ocupar mi sitio en el combate.

—Decididamente, Juan, exclamó La Madrid estrechando con franca cordialidad las manos del joven, acabaremos por ser buenos amigos. Voy a esperarte con impaciencia.

Y con un último y cariñoso ademán de despedida, montó a caballo y desapareció con la velocidad del torbellino.

## VIII

### EL MENSAJERO

Juan permaneció largo rato inmóvil, entregado al desaliento que lo dominaba.

—¡Nada!, murmuró al fin con amargura. ¡No he conseguido nada!... —Y mi querida hermana, que puso en mí toda su confianza!... ¡y yo, que me prometí volver al lado de mi amada, bastante poderoso para protegerla contra la odiosa tiranía de su padre!... ¡Pobre de mí!... Adverso destino el mío!... Pero aun me res-



ta una esperanza... y esa nadie puede arrebátarmela... La muerte, una muerte gloriosa en el combate, y con ella el término de mis padecimientos.

Se dirigió en seguida a la cabaña que, próxima al sitio de las escenas que acabamos de describir, se hallaba situada sobre una pequeña altura y parecía completamente abandonada. Entró a ella como un antiguo conocido y halló a Leoncio que lo esperaba. La rápida e investigadora mirada del indio, descubrió en el rostro del mancebo las huellas de sus tristes preocupaciones, pero no le hizo ninguna pregunta.

—Mi buen Leoncio, dijo el joven, verdad es que nuestra relación data de hace pocas horas, pero, las circunstancias en que ha tenido lugar, son inolvidables para mí; y ahora que llega el momento de decirnos adios, siento vivamente todo el valor del servicio y del interés que te debo.

—¿Piensas regresar inmediatamente?, interrogó el indio.

—¡Quien sabe!... Mientras tanto, te llega la vez de realizar el objeto de tu viaje, uniéndote con las fuerzas patriotas que han pasado a Chuquisaca.

—Las manda un gaucho, dijo Leoncio con desprecio, y yo sólo obedezco a los míos.

—Mi previsión se realiza... Nuestra separación es, pues, inevitable, porque yo sigo a La Madrid.

—¿Y expondrás tu vida en el combate?

—¿Puedes dudarlo?

—Está bien: yo te acompaño.

—¿Bajo las órdenes del gaucho?, preguntó Juan sonriendo.

—No, porque yo sólo recibiré las tuyas, Huallparrimachi, contestó el indio con orgullo. Seré tu escudo en el peligro y así cumpliré mi deber.

—Hágase según tu deseo, dijo el joven, vencido por la resolución de su compañero. Permaneceremos juntos hasta que Dios disponga de nuestro destino. Y ahora, mi buen Leoncio, déjame solo por algunos instantes: no tardaré en salir para continuar nuestra marcha a Chuquisaca.

El indio abandonó la choza con la absoluta sumisión que guardaba hacia el mancebo; se alejó rápidamente hasta el borde de una cercana quiebra, y deteniéndose allí, después de convencerse de la soledad que lo rodeaba, silbó de una manera particular, y quedó en actitud de impaciente espera.

Mientras tanto, Juan escribía las siguientes líneas en una de las hojas en blanco del libro depositario de sus impresiones.

—He fracasado tristemente en la misión que me confiaste: perdóname... ¡Ciega y lamentable vanidad la del hombre! Cree vencer y conquistar el solo los laureles de la victoria, y los datos que tengo recogidos, confirman tus previsiones...

Yo te juré no volver solo... me quedo, pues, esperando... ¡Dios lo sabel... quizá uno de esos acontecimientos imprevistos que obligan a enmendar los errores del orgullo; mas, si la suerte nos sigue adversa, es preferible morir en el campo de batalla, siguiendo el glorioso ejemplo de tu esposo.

Que tu amistad, hermana mía, no falte a tus protegidos de Sopachui: piensa que esta súplica puede ser la última que te dirija desde este triste mundo.

Falto de medios para cerrar la carta, dobló sencillamente el papel y llamó a una pequeña puerta; por ella se presentó al momento una anciana india.

—Madre, le dijo Juan con el respeto que entre los indios se guarda a las personas de edad, te debo el reposo de que tanto necesitaba, cuando llegué hace poco rendido por el cansancio y sin imaginar que tú me conocieses. Te encontré sola y me dijiste que tu hijo había huido a la proximación de los soldados: tuviste razón, porque se hallaba conmigo otro hombre; pero ahora...

—Habla, hijo mío interrumpió la anciana: tú eres aquí el dueño.

—Necesito un mensaje seguro para que marche en el acto al Villar, con este papel, que debe entregar sin demora a Doña Juana.

—El mensajero está a tus órdenes, dijo un indio a espaldas de la anciana.

Juan lo miró sin sorpresa. Conocedor del carácter tímido y receloso de los suyos, estaba cierto de que el hijo de que le hablaba la anciana, no debía encontrarse lejos, siguiendo con una ansiedad fácil de comprender, el movimiento de las fuerzas, puesto que ellas fuesen patriotas o realistas descargaban, sobre el indefenso y despreciado indio, el peso de sus arbitrariedades y exacciones. Así es que el joven se dirigió con la mayor naturalidad al recién llegado.

—¿Conoces el Villar?, le preguntó.

—Sí.

—¿Y a Doña Juana Azurduy?

—He servido bajo las órdenes de Padilla, contestó orgullosamente el indio, y más de una vez me he batido, bajo las de su esposa. No es posible que tú recuerdes a los soldados de tu padre adoptivo, Huallparrimachi, pero ninguno de ellos te olvidamos. Esta mañana te ví venir y dije a mi madre que te brindase su

choza y te sirviese con el cariño y el respeto que todos te debemos.

—Gracias, amigo mío. Aquí tienes la carta.

Y Juan unió a ella algunas monedas, que el mensaje pasó a su madre.

—No, dijo esta rehusándolas; llévalas tú, hijo mío, vienen de manos de Huallparrimachi y te protegerán en el peligro.

—¿Dónde te buscaré con la respuesta?, preguntó el indio a Juan, guardando con religioso respeto la dádiva del joven.

—No las espero, porque ignoro lo que será de mí dentro de pocas horas. Sólo importa que pongas toda diligencia en llevar la carta.

—Descuida: marchó en este instante.

Y arrodillándose a los pies de la anciana.

—Bendíceme, madre mía, dijo el indio.

Ella extendió sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, y mientras las lágrimas humedecían sus mejillas.

—Cumple lealmente el encargo de nuestro Señor, le dijo con solemne acento, y Dios y la Virgen te protejan.

Púsose de pie el mensajero y se dirigió a la puerta.

—No, no salgas por esa, exclamó la anciana; puede verte el compañero de Huallparrimachi.

Y le señaló la que, medio oculta en uno de los extremos, había dado paso a ambos. El indio desapareció por ella.

—¿Quién es ese hombre que te sigue?, preguntó la anciana al joven.

—Lo ignoro, madre. Ayer lo ví por primera vez, y me prestó un gran servicio.

—Su rostro es sombrío, su mirada dura y fría como el pedernal de la montaña repuso la india, sacudiendo gravemente la cabeza. Desconfía de ese hombre. Los viejos no nos engañamos en nuestras predicciones, hijo mío.

—Tu consejo es sabio y está de acuerdo con la prudencia que me imponen las circunstancias: lo seguiré, mi buena madre. Y ahora, bendíceme como acabas de hacerlo con tu hijo; tu bendición puede atraerme la felicidad que me huye.

Y Juan inclinó con respeto su hermosa cabeza ante la anciana.

—Vástago ilustre de nuestros Señores, dijo ésta con acento grave y lleno de unción; el Cielo vele por tí y guarde tu vida para consuelo de los nuestros.

Cuando Juan salió de la cabaña, vió a Leoncio a cierta distancia, sentado a la sombra de un lozano molle.

—Marchemos, le dijo el joven.

Y el indio le siguió sumiso y silencioso.

## I X

### DESASTRE

La Madrid distribuyó convenientemente sus fuerzas, una vez llegado a los suburbios de Chuquisaca, y él a la cabeza de su pequeña artillería compuesta de dos cañones, se situó en la altura dominante de la Recoleta. Allí lo encontró Juan, y fue recibido por el Mayor con muestras de sincero placer.

—Ya sé quién eres, y la consideración que mereces por tu noble estirpe, di-

jo el mancebo. Te pido mil perdones por la descortesía con que te recibí.

—No guardo su recuerdo, Comandante.

—¿Me permites que siga usando del tratamiento familiar y cariñoso que te doy?

—Mucho me mortificaría que U. me tratase de otro modo.

—Gracias, muchacho; y yo no tardaré en probarte de una manera sorprendente, la amistad que has sabido inspirarme... ¡Qué sorpresa tan grata voy a dar al General Belgrano y a otros personajes importantes que piensan como él con la noticia del descubrimiento del Inca que ellos se desviven por hallar!... ¡y yo lo tengo a la mano!

—Mientras tanto, dijo sonriendo el joven, lo más urgente es que U. coloque en las filas de los primeros combatientes a su nuevo soldado.

—Tu puesto estará a mi lado.

—Yo lo quiero en el peligro, Comandante.

—Se cumplirá tu deseo, porque allí donde yo me encuentre allí estará el mayor riesgo.

—¿Qué esperamos pues, para dar el asalto?

—El descanso que necesita la tropa, mi amigo.

—Pero hace dos horas que lo tiene y el día avanza y la oportunidad con él.

—Lo daremos mañana, pierde cuidado.

—¡Mañana!, exclamó Juan sorprendido, U. se chancea, Comandante... pero, ya creo comprender su plan y me parece magnífico. Las sombras de la noche, ocultando el número de nuestras fuerzas y la dirección de nuestros movimientos, serán el mejor auxiliar para la victoria.

—¿También tú opinas, pues, como los demás?, dijo La Madrid con impaciencia.

—¡Ah! ¿los otros piensan como yo? Tanto mejor: eso prueba que yo no me había equivocado.

—Lo que prueba eso, exclamó colérico el Mayor, es que tú y los demás creen a su Comandante capaz de recurrir al cobarde medio de una sorpresa en las tinieblas para obtener un fácil triunfo: yo lo conseguiré caballeramente, combatiendo de frente y a la luz del sol.

—Tal resolución...

—Que es irrevocable, interrumpió La Madrid.

—Daré razón a mis tristes pronósticos, concluyó Juan con firmeza.

—Yo haré de modo que te arrepientas haberlos abrigado, contestó el joven



Mayor con altanería, y despidió al mancebo con una ligera inclinación de cabeza.

Pero las previsiones de Juan las cumplió el destino. La Madrid se vió obligado a abandonar Chuquisaca, sin haber satisfecho su deseo de ser dueño de la plaza no fuese más que por pocas horas; pero, aferrado a su proyecto, volvió segunda vez a poner sitio a la ciudad, lleno de confianza, pues contaba con un numeroso auxilio de indios y con los refuerzos que le trajeran Fernández y Ravelo, quiénes, informados por Juana del resultado de la misión confiada a Huallparrimachi, no escucharon ya las advertencias que les dirigió, teniendo únicamente en vista los laureles que La Madrid pensaba ganar él solo, y movidos, por otra parte, por la impaciencia de salir de una vez de la inacción en que se encontraban.

La Plaza resistía con denuedo, defendida por la fuerte y aguerrida división del General La Hera, cuando llegó a conocimiento de los patriotas que el tan esperado refuerzo de Potosí, comandado por O'Relly, se hallaba solo a una jornada de marcha. La Madrid, con su acostumbrada audacia, resolvió ir a su encuentro y tomarlo de sorpresa. El activo

La Hera, de acuerdo con O'Relly, siguió inmediatamente a los patriotas, consiguiendo ambas fuerzas realistas, tomarlos a dos fuegos al pie de la cuesta de Cachimayo. El éxito no podía ser dudoso; y de nada sirvió a los patriotas el arrojo temerario de los Jefes y la desesperada resistencia de los soldados. Declarada la derrota, fueron perseguidos tenazmente hasta la cuesta llamada de Carretas; allí se detuvieron los realistas para tomar respiro, pudiendo La Madrid y los suyos seguir con más descanso la retirada.

Sin tropezar con ningún obstáculo durante su trayecto, llegó la fuerza patriota a Tarabuco; pero comprendiendo que La Hera no tardaría en alcanzarla, resolvieron los Jefes que se tomase pocas horas de descanso, concertando, mientras tanto, algunas medidas previsoras para continuar en más orden y mayor seguridad, la retirada a la frontera.

## INCIDENTES

Terminado el acuerdo entre los Jefes, se retiró La Madrid encargando que se buscara a Juan en su nombre. El joven no tardó en acudir a su llamado.

—Noble y querido amigo, dijo el Mayor, estrechándole las manos con profunda emoción. Diez veces te he sido deudor de la vida en los combates... y si hubiese seguido tus consejos... si hubiese aceptado las proposiciones de que viniste encargado...

—Aun es tiempo, Comandante, le interrumpió Juan con viveza. U. será recibido siempre con placer por los nuestros en la frontera; y allí, reorganizadas nuestras fuerzas, olvidaremos con las victorias los desastres de la derrota.

—Hablas como quién eres, Juan, y tus palabras de aliento son un bálsamo para mi atribulado espíritu. Tus deseos van a cumplirse: hemos resuelto marchar a La Laguna.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó el mancebo.

—Y para despistar a La Hera, que nos sigue de cerca, marcha Fernández dentro de pocos momentos, a la cabeza de una ligera partida, por el camino de Taco-paya. Es el anzuelo que echamos a las tablas. Mientras ellos corran tras de la fuerza de Fernández, que se les hará humo en el mejor momento, el grueso de nuestra tropa tomará otra ruta esta misma tarde.

—Yo conozco todas las que van a La Laguna, ¿cuál es la que UU. han elegido?

—¡Hombre!, a decirte verdad, son tan raros los nombres que hay en estos lugares que no se me gravan en la memoria; pero recuerdo el de un pueblecillo que nos servirá de descanso... es una cosa así como Suipacha.

—Sopachui, dijo Juan, sintiendo un violento golpe en el corazón.

—Justamente ¡Diablo de nombres arvesados! ¿Qué dista de aquí a ese lugar?

—Cuentan 18 leguas, Comandante.

—De las que anduvo el diablo cuando se hallaba de buen humor, muchacho. Ya conozco el modo de medir las distancias que tienen UU. los alto-peruanos. ¡Paciencia! La esperanza de conocer en breve a la valiente Doña Juana, me hará sobrellevar con resignación el resto del camino.

—¡Con cuanta complacencia será U. recibido por mi hermana!

—¿Tu hermana dices?

—Verdad es: debía darle el título de madre, porque lo ha sido y sigue siéndolo para mí, pero el de hermana responde mejor a su edad y a la confianza que le tengo.

—¿A su edad?

—Me lleva con pocos años.

—¿Qué oigo?... ¡Y yo que me la figuraba ya bastante cansada! ¡Hombre! y debe ser una real moza. ¿Verdad?

El entusiasmo del joven Mayor hizo sonreír a Juan, pero recobrando su seriedad le contestó gravemente.

—Doña Juana Azurduy de Padilla es una mujer que sólo puede inspirar admiración y respeto.

—Y para producir esos sentimientos, tiene por fuerza que ser hermosa. Ya me tarda ponerme a las órdenes de mi bella Coronela (1).

—De Sopachui al Villar, donde tiene establecido su campamento, solo hay nueve leguas, que ella se apresurará a salvar, así que reciba el aviso que UU. le hayan enviado.

—¡Hombre!, temo que a nadie se le haya ocurrido una cosa tan importante. ¡Qué aturdidos somos! Pero, tú piensas en todo, muchacho, y aun es tiempo de remediar ese olvido.

—Sin duda, Comandante; y si U. me autoriza...

—Volando, amigo mío, antes de perder más tiempo. ¡Diablo de descuido!... Y a propósito de diablo, ¿Qué suerte ha corrido aquel indio que te seguía como tu sombra? ¿Qué cara de pocos amigos tenía el tal hombre!, ¿ha muerto por ventura?

—No, Comandante. Lo he perdido de vista desde hace poco, pero es seguro que

(1) El Gobierno de Buenos Aires, en honorífica nota de 13 de agosto de 1816, le confirió el grado de Teniente Coronel. Años más tarde, el Libertador le dió los despachos de Coronel.

ya me espera en mi alojamiento. Y ahora pienso que nadie mejor que él puede ser el conductor del aviso para Doña Juana.

Haz lo que convenga; pero una vez cumplido su encargo, que cuide de irse a los infiernos. ¡Maldita la gracia que me hace volver a tropezar con él en mi camino!

Sonrió el mancebo y despidiéndose del Mayor, se dirigió a su habitación, y allí, como lo había presumido, encontró a Leoncio. Contra su costumbre, el fue el primero en dirigir la palabra a Juan.

—Te esperaba, le dijo, porque ahora que el peligro ha pasado para tí, llega el momento de separarnos.

—¿Vas a la frontera, amigo mío?

—¿Quién puede asegurar a donde lo conducirá el destino?, contestó evasivamente Leoncio.

—No es por mera curiosidad que te lo pregunto. Necesito urgentemente un mensajero seguro para enviar al Villar una carta a Doña Juana.

—Seré yo quién la conduzca sin demora. Dame la carta, Huallparrimachi.

Juan tomó una de las hojas de su libro, y escribió lo siguiente:

—Hermana mía: Pocas horas mediarán entre estas líneas, que te envío como

aviso, y nuestra llegada a Sopachui, donde estoy seguro de encontrarte en alas de tu impaciencia. Allí escucharás de mis labios los tristes detalles del desastre que en vano tu previsión se empeñó en evitar. Permita Dios que las dolorosas lecciones de la experiencia enseñen a seguir dócilmente tus consejos. Mientras tanto, ¡soy tan feliz pudiendo decirte: ya vuelvo!...

Sin medios para cerrar esta carta, dobló sencillamente el papel y lo alcanzó a Leoncio.

—¿Esperas la respuesta?, preguntó éste.

—No: me basta tu promesa de poner sin demora mi mensaje en manos de Doña Juana.

—Es deseo tuyo y se cumplirá. ¿Volveremos a vernos, Huallparrimachi?

—¿Quién puede asegurar a donde lo conducirá el destino?, contestó el joven, imitando la reserva del indio. En todo caso, te debo ya bastante para que jamás se borre tu amistad de mi memoria.

Leoncio tomó las manos del mancebo y las llevó a sus labios.

—¡Dios proteja a mi Señor!, murmuró con sentido y respetuoso acento, y salió de la habitación.

—¡Hombre extraño!, pensó Juan. Si no conociese su lamentable historia, en-

contraría que la anciana de Yotala y La Madrid tienen razón en la repulsión que les ha inspirado. ¡Pobre Leoncio! Ellos ignoran la profunda e incurable herida que lleva en el corazón; y ¿qué rostro humano puede expresar la franqueza y el contento cuando el alma está sumida en un dolor sin esperanza?

Y este pensamiento, despertando el de su amor tan ardiente como contrariado, hizo volar su imaginación hacia Blanca, a cuyo lado lo conduciría bien pronto su felicidad o su desgracia.

## X I

## UN SOLDADO EX-SEMINARISTA

Leoncio al perder de vista el pueblo, tomó con paso rápido una senda áspera y desierta; no tardó en detenerse, y lanzó aquel silbido que parecía ser una señal, y que tuvimos ocasión de oírle en la quebrada de Yotala. Saltando como un gamo por aquellas quiebras estériles y rojizas, acudió un hombre de pequeña talla, de fisonomía juvenil y llena de chispeante viveza.



—¡Diantre!, exclamó al acercarse al indio. Ya era tiempo de que me saques de esta madriguera de vizcachas, donde te espero porque así lo quiso tu soberana voluntad. ¡Arrastrada vida la mía desde que tuve la desdicha de conocerte, indio de mil demonios, y se le ocurrió al viejo ponerme a tu disposición, para que me tengas como un azacam, llevando de seca en meca tus malditos chismes! Pero una orden es una orden: y obedezco la de mi jefe y me lavo las manos, *lababo manus meas*. Y bien, ¿acabarás por abrir ese tu negro pico?

—Esperaba que terminases tu charla, contestó Leoncio impasible.

—Pues, haz de cuenta que se acabó, aunque me queda mucho que desembuchar para darme todos los diablos. ¿Qué nuevo chisme debo comunicar al viejo La Hera contra los patriotas?

—¡Silencio!, exclamó el indio mirando con recelo a su alrededor.

—¡Me gusta la precaución! ¿Crees que los buitres se entretengan en recojer tus infernales cuentos?

—Llévame sin tardanza ante tu jefe.

—¿Esas tenemos ahora? ¿Empieza a desconfiar de mí que he ejecutado ad pedem litere todas tus comisiones? No olvidaré ni en cien años aquella que

me diste cerca de Yotala para tu colega el criollo de Sopachui... ¡Juil, hasta ahora se me hiel a la sangre al recordar aquellos sus ojos de muerto... ¡Vaya que tienes unos amigazos!...

—¿Marcharemos por fin?, exclamó Leoncio, golpeando el suelo con ira.

—Vade retro... ¡Cuidado con venirme con esos humos de mundo!... Si otras fueran las circunstancias, yo te pondría en el lugar que te corresponde; pero hoy... ¡paciencia!

Y tomando un aire de suprema importancia, echó a andar cantando a voz en cuello un estribillo popular.

—¡Calla, temerario!, dijo Leoncio. Tomándolo con fuerza del brazo. ¿No comprendes que debemos marchar en silencio, imitando la prudencia de la serpiente?

—¡Alto ahí! Te permito la comparación en singular, pero te la prohíbo respecto a mi persona.

El indio se encogió de hombros y guardó silencio. Así caminaron algún rato sin dirigirse una palabra; pero este silencio violentaba visiblemente a su locuaz e inquieto guía.

—Dime, hombre, exclamó de pronto, ¿cómo diantres te has arreglado para ganar en un santiamén la confianza del viejo? Hace un año que desempeño a su

lado las importantes funciones de asistente, y sólo he conseguido oír sus destemplados gruñidos.

—Esos son asuntos entre tu jefe y yo, le contestó secamente Leoncio.

—¡Cierto que tu cortés respuesta esclarece mi curiosidad! Pero, recapitulemos, como decía en illo tēpore mi Catedrático en el Seminario, y de inducción en inducción, lléveme el diablo si no doy con lo cierto del negocio. Veamos: tú hiciste tu primera aparición en Tarabuco, en la madrugada del día anterior a la llegada del gaucho La Madrid a Chuquisaca, para más señas que fui yo quién te introdujo al cuarto del viejo, que tuvo contigo una encerrona, de la que resultó que yo debía seguirte a luz y a sombra, aunque con mil precauciones, para acudir a tu primer llamado, sin que nadie...

—Mejor harías en guardar para tí tus recuerdos y tus deducciones, le interrumpió severamente Leoncio.

—Pues, imagínate sordo, con bravío, y asunto concluido; pero, hago uso de mis derechos de hombre libre, como dicen los patriotas en sus proclamas, para seguirme hablando in pectore como lo acostumbro siempre que me honro con mi propia compañía. ¿Has llegado a sospechar siquiera la clase de sujeto que soy yo, indio *ánima vilis*?

—Leoncio guardó silencio.

—Quiero usar de condescendencia contigo, relatándote la *vera* historia de Cueto Pérez, estudiante distinguido que fue en el Real Colegio Seminario de San Cristóbal, en la ilustre ciudad de Charcas.

Su compañero apresuró el paso.

—¡Ola! ¿lo tomas de esa suerte?, exclamó el estudiante. Te advierto que te dejaré plantado para que busques al viejo como te lo dé a entender tu amigo Lucifer.

—¡Oh! murmuró Leoncio, apretando los puños, ¡ignorar dónde se halla el campamento realista!

—Y no seré yo quién te lo avise, para dejarte en seguida que te vayas sólo. ¡No, en mis días!; porque así como ahora haces traición al gaucho y a Huallparimachi...

Un gesto amenazador de Leoncio, cortó la frase al incorregible joven.

—Bueno, bueno, repuso, tomando un aire protector, ¡tenemos la fiesta en paz!, y marcha con el respeto que se debe al sobrino carnal del ilustre caudillo patriota D. Jacinto Cueto, honra y gloria...

Un violento traspie, lo obligó esta vez a interrumpirse.

—¡Peste de veredas!, exclamó, recordando el equilibrio. ¡Vida de perros la

que paso! Pero la tengo merecida, y ciento y más, por mi necio orgullo. ¿Qué me costó pedir perdón a mi madre y a mi buen tío Jacinto, por la inocente travesura estudiantina que me valió ser expulsado del Colegio? Pues, no Señor; y lejos de eso, me refugié en las filas de los enemigos de mi familia, y renuncié el estudio, cuando por mis adelantos, mi inteligencia y mi noble cuna, era el llamado *ad hoc* para suceder en la silla Metropolitana, al ilustrísimo...

Llegado a este punto, tuvo el locuaz Pérez que callarse, para contraer su atención al estrecho y peligroso barranco que atravesaban.

—Ya caigo, ya caigo, gritó de pronto, estremeciendo a Leoncio, que lo seguía profundamente abstraído, y que apresuró el paso para ir a su socorro. ¡Vaya, hombre!, exclamó riendo estrepitosamente, ¿no comprendes que hablo en sentido figurado? Es porque acaba de iluminarme una idea... ¡Vamos! ¿sabes tú la razón que ha inducido al viejo para encargarme del desempeño de tus comisiones?

Leoncio no contestó.

—Pues mira, indio de los demonios, es porque me conoce listo como un diablo, y sabe que conozco a palmos todos los vericuetos que hay desde Sopachui, mi país natal y el de mi ilustre tío Jacinto,

hasta Chuquisaca, porque, durante mis excursiones estudiantiles...

—Tanto mejor, le interrumpió Leoncio con impaciencia.

—¡Diantre! Ya veo que mi perspicacia te vuelve el don de la palabra. Comprende, pues, la superioridad que tengo sobre el común de los mortales, gracias a mis aprovechados estudios en el Real Colegio de San-Cris...

—¡Altó!, ordenó un centinela, dirigiendo la boca del fusil al pecho de Pérez.

—La Hera y Tarabuco, ¡bárbaro!, dijo éste, retrocediendo con presteza.

Y Leoncio descubrió con viva satisfacción, el campamento realista.

—¡Laudemus Deo!, exclamó el ex-estudiante. Voy a conducirte en el acto ante el General, para que confecciones con él alguna tramoya diabólica contra los patriotas ¡Allá se las avengan UU.I., con tal de que yo me vea libre de tu presencia, per Cristo dómíno nostro, Amén.

## XII

### EL AVISO

Hemos dicho que los realistas dejaron de perseguir a los derrotados patriotas en la cuesta de Carretas, pareciendo abandonarlos a su destino; pero, el General español tenía firme resolución de poner fin de una vez y con un solo golpe, a las audaces tentativas del inquieto La Madrid, confiando en que este jefe, tan valiente como inexperto, no tardaría en presentarle la ocasión que buscaba. Así

es que, tomando diestramente un camino paralelo al que seguían los patriotas, y cuando éstos hicieron alto en Tarabuco, él se situó en posición tan ventajosa, que no podía escapársele ninguno de los movimientos del enemigo. En esta disposición, al ver a Leoncio, no dudó que llegaba el momento deseado.

—¿Los rebeldes han abandonado el pueblo?, le preguntó con ansiedad.

—D. Estéban debe anticipárseles a la cabeza de una partida: quedó disponiéndose para marchar.

—¿Qué ruta toman?

—La de Taco-paya.

—Gracias, amigo. Voy a dictar inmediatamente las medidas del caso, para movilizar mis fuerzas.

—No he terminado aun, dijo el indio.

—Habla y procura ser breve: ya comprendes que no puedo detenerme.

—Llevo un mensaje para Doña Juana, murmuró Leoncio, después de un instante de vacilación.

—¡Ah!, hizo La Hera con interés. ¿Y ese mensaje?...

—No lo sé.

El español miró sorprendido a Leoncio, en cuyo rostro, impasible por lo general, se descubría la ruda lucha de dos opuestos sentimientos.

—Escucha, Jefe, dijo al fin con aire de forzada resolución. Antes de hacerte conocer el mensaje que llevo, te exijo dos solemnes juramentos sobre la cruz de Cristo; si los rehusas, eres dueño de quitarme la vida, pero no me arrancarás el secreto.

La Hera contestó sin vacilar.

—Conozca de una vez tus condiciones y las cumpliré sin restricción; pero no perdamos tiempo.

—Júrame, pues, devolverme la carta que voy a entregarte, inmediatamente que te informe de lo que ella dice.

—¿Es por cierto el mensaje?... Ahora comprendo que lo ignoras...

—¿Aceptas?

Si. Vamos pronto a tus otras condiciones.

—Sólo me queda una, pero esa es para mí la primera. Júrame por la salvación de tu alma que contenga lo que contuviese la carta, nunca buscarás la ocasión de hacer daño a Huallparrimachi.

—¡Diablo de nombre!... Ya lo recuerdo: se llama así un joven, inseparable compañero de La Madrid y que es considerado por UU. como una divinidad. ¿No fue contra él que me hiciste destacar de Tarabuco una partida, que se volvió burlada?

—Yo no engaño tu confianza, Jefe; te comuniqué que mi propósito era presentártelo para descubrirle el peligro y ganar su amistad por ese medio, pero, que no quería que se le perjudicase.

—De todos modos, puedes estar seguro de que yo no hubiese consentido en que se jugase semejante farza a mis soldados, sin la carta de eficaz recomendación del criollo amigo de Aguilera y ardiente servidor del Rey nuestro amo. Me apresuro a hacerte justicia: has correspondido perfectamente a lo que respecto a tí prometía D. Remigio.

—Y ahora, dijo Leoncio, ¿juras cumplir las condiciones que te impongo?

La Hera colocó con solemnidad la mano sobre la cruz de su espada.

—Lo juro como católico y como militar, contestó con tal acento de sinceridad y resolución, que consiguió desvanecer las últimas vacilaciones del indio.

Sacó del seno el papel que le confiara Juan, y lo presentó a La Hera.

—Es de Huallparrimachi, dijo con emoción.

El Jefe realista recorría ansiosamente aquellas cortas líneas y quedó profundamente pensativo. La voz grave de Leoncio lo volvió a la realidad de la situación.



—Necesito la carta para continuar sin tardanza mi camino, dijo impaciente; he perdido ya mucho tiempo.

—No: exclamó La Hera, lo has ganado.

Y junto con el aviso, puso en sus manos dos onzas de oro, que guardó el indio con indiferencia.

—¿Vas directamente al Villar?, le preguntó el español con interés.

—Antes debo ver a D. Remigio en Sopachui.

—De ningún modo, exclamó La Hera. La menor demora, la más pequeña indiscreción, lo desbarataría todo. Nadie, entiendes bien?, nadie sino la viuda de Padilla, debe conocer el contenido de la carta, porque solo así lograremos que caiga en nuestras manos; y diez victorias no nos importarían tanto como la captura de esa endiablada rebelde. Secreto, pues, y celeridad, ¿me lo prometes?

—Yo busco la venganza, contestó Leoncio, y ayudo y obedezco a los que me la proporcionen. La carta irá en alas del viento a su destino. Adiós, jefe.

—Di hasta la vista, porque estoy en la obligación de recompensar tus servicios a la causa del Rey nuestro Señor.

## XIII

### DEDUCCIONES

La Hera esperó a que Leoncio se alejase un tanto y llamó a uno de sus asistentes.

—Presente, mi General, dijo nuestro ex-seminarista, cuadrándose militarmente.

—Era U. a quien necesitaba, cabo Pérez.

—Cueto Pérez, si lo tiene a bien, mi General. ¿Debo seguir mi peregrinación tras los talones del indio?

—Pero esta vez sin que él lo advierta. Se trata de no perderlo de vista durante pocas horas. Si toma el camino a la frontera, lo deja U. en paz... ¿U. conoce todos los que allí conducen, no es cierto?

—Tanto o mejor que el fondo de mi bolsa, lo que no es poco decir, mi General, porque siempre está vacía.

—Ya procuraremos llenarla con los despojos del enemigo. Decía, pues, que si nuestro hombre sigue resueltamente su camino, lo deja U. marcharse; mas, si vuelve sobre sus pasos, le da sin ceremonia su pasaporte para la eternidad. Hoy traiciona a La Madrid, mañana puede hacerlo conmigo... No hay misericordia que guardar con los traidores.

—De acuerdo, mi General, dijo Pérez con aire satisfecho. Debo, pues, evitar a todo trance que vuelva a reunirse con los pa... rebeldes. Acepto esta comisión de mejor gana que las anteriores.

—Y esta tarde regresa U. sin falta. Sus conocimientos del terreno en que vamos a maniobrar, me serán muy útiles.

Cueto Pérez irguió su pequeña talla para ponerse a la altura de su importancia.

—De paso, prosiguió el Jefe, diga U. que me llamen al Mayor Espartero.

—Aquí me tiene U., General, contestó el joven Baldomero, destinado a adquirir más tarde una gran notabilidad en España. Llegaba precisamente en este momento a verme con U.

Cueto Pérez, a una señal de La Hera, llevó la mano al morrión, giró correctamente sobre sus talones y salió de la tienda, convencido de que él era el hombre de la situación, como diríamos ahora.

—¿Tenemos alguna novedad?, preguntó La Hera a su segundo.

—El esperado aviso de la salida de los rebeldes, acaba de llegarnos.

—¿Toda la fuerza de los insurgentes ha abandonado Tarabuco?, exclamó sorprendido el Jefe.

—Todavía no; pero no tardará en seguir a la partida que se ha destacado.

—Esa es otra cosa, repuso satisfecho La Hera. ¿Qué camino ha tomado esa pequeña fuerza?

—El de Taco-paya.

—Justamente.

—¿Lo sabrá Ud., mi General?

—Sin duda. Va conducida por D. Esteban Fernández.

—¡Ah!, hizo Espartero con sorpresa; yo lo ignoraba. De suerte que, nos ponemos inmediatamente en movimiento.

—No: contentémonos con enviar unos 25 hombres para que se entretengan en

picar la retaguardia a la columna de Fernández.

—Pero, esa nuestra pequeña fuerza corre el riesgo de encontrarse entre dos fuegos y ser sacrificada, General.

—Pierda U. cuidado. Mayor: La Madrid con el grueso de su tropa, no seguirá a Fernández.

El rostro del joven expresó la duda.

—No, no seguirá a Fernández, repitió con fuerza el Jefe.

—Si tiene U. esa evidencia...

—Lo creo firmemente, basado en mis propias deducciones.

—¿Y el fundamento de ellas, mi General?

—Es una carta de aviso escrita a la viuda de Padilla.

—¡Ah!, exclamó Espartero prestando viva atención; ¡y ella ha revelado a U. el plan de La Madrid!

—No, pero me ha dado la clave para deducirlo. La columna de Fernández lleva el único objeto de entretenernos en su persecución, y lanzarnos por el camino de Taco-paya, mientras se nos escapa La Madrid con los suyos por el de Sopachui, donde cuenta que se le reunirá Doña Juana.

—Parece increíble que esa combinación sea fruto de la atolondrada cabeza de La Madrid.

—Tampoco debemos fiarnos en la firmeza de su resolución; y la prudencia nos impone permanecer en expectativa hasta el último momento; pero, es indispensable, mientras tanto, que aparentemos haber caído en la trampa que nos han preparado. Envíe U. sin más tardanza esos 25 hombres de caballería en persecución de Fernández, y que vayan persuadidos ellos mismos de que no tardaremos en seguirlos para que propalen la noticia y llegue a conocimiento de los rebeldes. Espero el regreso de U. para concertar definitivamente mis medidas.

## XIV

### CARMEN

Es tiempo ya de que volvamos la vista hacia las personas que, agitadas por tan diversos y opuestos sentimientos, dejamos a mediados de mayo, en las esmaltadas orillas del río de Orkas.

La locuacidad del ex-estudiante Cuento Pérez, nos ha informado de que vió a D. Remigio como enviado de Leoncio. Fácil es comprender que éste se hubiese apresurado a comunicar a Ronsardes la resolución de Juan de acompañar a La Madrid y tomar parte en el proyectado ataque sobre Chuquisaca. Estas noticias

desvanecieron el recelo que abrigaba D. Remigio sobre el pronto regreso de Juan y las tentativas que hubiese podido hacer para ver a Blanca, a quién, por este temor, tenía sujeta a dura vigilancia. Contando desde entonces con entera tranquilidad para disponer de su tiempo, el rencoroso criollo lo empleó en mantener cautelosa pero activa correspondencia con sus amigos realistas de la frontera, sin que nadie se atreviese a turbar la independencia de un hombre escudado por la protección de Doña Juana.

Mientras que D. Remigio se entregaba en cuerpo y alma a sus tenebrosas intrigas, Blanca languidecía sola y postergada en las preocupaciones, ya que no las afecciones de su padre. Y pasaban los días sin traerle una noticia de Juan que la consolase en su abandono. ¡Juan la había, pues, olvidado o había muerto!... Y el corazón de la pobre niña se oprimía con angustia y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Casi siempre sola en la cabaña sin más sociedad que la de los esclavos que habían traído para el servicio, pues Ronsardes se ausentaba con frecuencia en misteriosas excursiones, solía Blanca seguir por largo espacio aquella senda por la que, en época no lejana, veía avan-

zar con paso rápido la esbelta y hermosa figura de su amado.

En la tarde del 11 de junio, cuando la altura del sol le anunció que podía hallarse de regreso D. Remigio para ponerse ya a la mesa, la rubia niña, con el cuerpo fatigado y adolorida el alma, tomó lentamente el camino para volver a la cabaña. Su mirada suave y melancólica, que vagaba sin objeto por los campos, agostados por el invierno, se fijó de pronto en una mujer que, en actitud suplicante, parecía esperarla.

—Si es a mí a quien te diriges, ¿por qué no te aproximas?, le dijo Blanca.

La belleza y el acento bondadoso de la niña, parecieron disipar el recelo de la desconocida. Avanzó hacia Blanca, ofreciendo a sus ojos un tipo perfecto de la hermosura femenil de su raza.

—Yo te imploraba como una imagen aparecida, virgencita mía, dijo a la joven en su armonioso y poético lenguaje. No me atrevía a hablarte temiendo que te desvanecieses como una ilusión. ¿Eres tú, por dicha mía, dueña de aquella cabaña?

—Allí vivo. ¿Y tú, de dónde vienes?

—De lejos y fugitiva.

—¿Fugitiva?... ¿Puedes haber causado daño tú, tan joven y hermosa?

—¿Daño yo?... ¡Oh! sí: ahora lo ha-

ría para vengarme de todo lo que he sufrido.

—¡Pobrecilla! ¿Y tu familia, tus padres?...

—A mi madre la mataron los soldados a mi vista, dijo la joven, ahogando un sollozo; ignoro hasta hoy la suerte de mi padre.

—Otra víctima de los horrores de la guerra, pensó Blanca con tristeza. ¿Y, a dónde diriges ahora tus pasos?, preguntó a la india. ¿Eres por ventura de estos lugares?

—No; pero los he recorrido con frecuencia y los conozco perfectamente. No me detendré en ellos, sin embargo, sino el tiempo que necesito para dar algún descanso a mi fatigado cuerpo. Me dirijo al Villar, hermosa niña, en demanda de la protección de la Providencia de los míos, la noble Doña Juana.

—Pues bien: yo tengo motivos de inmensa gratitud hacia la ilustre viuda de Padila y bendigo a Dios por la ocasión que se me presenta de ofrecerte seguro y descansado asilo, a ti a quien me ligan iguales sentimientos por nuestra protectora. Dime tu nombre, hija mía.

—Carmen.

—Ven conmigo: voy a conducirte a casa.

—¿Vives sola, virgencita mía?



—No: mi padre me acompañaba.  
—Avisame su nombre para bendecirlo en unión del tuyo.  
—Yo me llamo Blanca y mi padre D. Remigio Ronsardes.

—¡Ronsardes!... ¡Remigio Ronsardes!, repitió Carmen, estremeciéndose violentamente, como si hubiese recibido un terrible golpe.

Blanca la miró sorprendida.

—¿Por qué te causa extrañeza ese nombre?, preguntó a la india.

Un fuego sombrío y amenazador hizo brillar los negros ojos de Carmen; pero al cruzar su mirada con la suave y angelical de la niña, ocultó el rostro entre sus manos y prorumpió en sollozos. Blanca sobrecogida ante aquel estallido de dolor, cuya causa no alcanzaba a explicarse, guardó silencio.

No tardó Carmen en sobreponerse a su emoción, y alzando su inclinada frente, dijo a la joven con acento conmovido y dulce.

—No: sería una injusticia odiarte a tí, tan pura y bondadosa. Yo rogaré a Dios que aparte de tu cabeza el castigo que reserva al culpable. Adios, inocente y hermosa niña. ¡Adios!

Y se alejó precipitadamente dejando a Blanca presa de una vaga y dolorosa inquietud.

## ¡POR FIN!

Tampoco se hallaba Ronsardes más tranquilo. Desde la última noticia que le enviara Leoncio de la derrota sufrida por los patriotas en Cachimayo, esperaba por momentos conocer los resultados de ella, y las operaciones ulteriores de vencidos y vencedores. Llegaba a creer, en vista del silencio, del indio, que vendría personalmente a darle los importantes y decisivos informes que necesitaba para po-

nerse en acción, como lo tenía ya resuelto; y con esta esperanza, permanecía la mayor parte del tiempo en impaciente espera en el sitio que había designado a Leoncio para recibir sus avisos.

A la misma hora en que Blanca volvía de su solitario paseo, cuyo inesperado término acabamos de ver, D. Remigio, perdiendo la esperanza de recibir también ese día, al esperado mensajero, resolvió regresar a la cabaña después de fijar por última vez su escudriñadora mirada a la distancia; pero quedó clavado en el sitio al distinguir un hombre que marchaba rápidamente hacia él.

—¡Ricchariy!, dijo el viajero a modo de salutación, mirando con fijeza a Ronsardes.

—Te esperaba, contestó éste. ¿Quién te envía?

—Leoncio.

—¿De dónde?

—De Lupicara.

—Conozco ese lugar: dista pocas leguas de Tarabuco. ¿Qué te encargó Leoncio que me dijese?

—Mi hermano llevaba una carta de los rebeldes para Doña Juana.

—¡Maldición!, exclamó Ronsardes. ¿Y no se le ocurrió venir por aquí para mostrármela?

—Corría prisa llevarla a su destino para el mejor servicio del Rey.

—¿Qué sabía el necio?

—Así se lo aseguró el Jefe de los realistas.

—¿A quién dio sin duda conocimiento de la carta?

—Sí.

—¡Bien!, dijo Ronsardes satisfecho. ¿Es eso todo?

—Me encargó también decirte que los rebeldes salían ese mismo día de Tarabuco con dirección a la Laguna, por el camino de Tacopaya.

—¿Ese mismo día?... ¿Qué día fue ese?

—Ayer. Sepa que el Jefe blanco queda advertido, añadió mi hermano, y que él se prepare con los suyos para ayudarlo en el gran golpe que medita para exterminar a nuestros enemigos.

—¡Por fin!, exclamó Ronsardes con tan cruel expresión de gozo, que hizo retroceder al mensajero, ¡Oh!, yo juro que por mi parte, no dejaré nada que desear la fiesta.

Pocos momentos después, despedía al enviado de Leoncio, recompensado generosamente, y volvía a su casa, entrando a su habitación sin dirigir una mirada a la olvidada Blanca. Esta oyó los